



# LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

## KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— ¡Váyase al diablo el necío que me despierta! — murmuró el holandés frotándose los ojos.

— No se trata de mandar las personas al diablo, cobra todo cuando el diablo puede ser que esté cerca! — respondió Bruno.

— ¿Pero quién me habla?...?

— Soy yo, vuestro servidor.

— ¡Ah, Bruno!... ¿eres tú?... Después de todo, las hechas bien en despertarme; estaba soñando que la señora Van Mitten....

— Os aruaba querella — respondió Bruno. — Pero nada no se trata de eso.

— ¿Qué hay, pues?

— ¿Me haceis el favor de despertar primero al señor Keraban?

— ¿Que yo le despierte?...?

— ¡Sí, señor; no hay tiempo que perder!

— Sin preguntar más, el holandés, medio dormido, sacudió á su compañero.

No hay nada como el sueño de un turco; sobre todo, cuando este turco tiene un buen estómago y la conciencia tranquila.

Este caso se presentaba en el compañero de Van Mitten.

Fué necesario sacudirle varias veces con violencia.

El señor Keraban, sin levantar los párpados, gruñía como un hombre que no está de humor para bromas. Por poco testarudo que fuese dormido, ya que no despierto, iba á ser necesario dejarle dormir.

Pero las insistencias de Van Mitten y Bruno fueron tales, que el señor Keraban se despertó, ostiró los brazos, abrió los ojos, y con una voz todavía llena de sopor, dijo:

— ¡Vaya! ¿los caballos de refuerzo han llegado ya con el postillon y Nizib?

— Todavía no — respondió Van Mitten.

— Entónces, ¿por qué me despiertan?

— Porque si los caballos no han llegado — respon-

dió Bruno — otros animales más sospechosos rodean el coche, dispuestos á atacarle.

— ¿Qué animales son esos?

— ¿Verlos!

Bajaron la vidriera del coche, y Keraban se asomó á la ventanilla.

— ¡Alah nos proteja! — exclamó. — ¡Es toda una manada de jabalíes salvajes!

En efecto, Keraban no se equivocaba, aquellos animales eran jabalíes; su número es considerable en la comarca que confina con el estuario danubiano, y son terribles cuando atacan: puede colocárselos desde luego en la categoría de las bestias feroces.

— ¿Qué vamos á hacer? — preguntó el holandés.

— Permanecer quietos si no atacan, y si lo hacen, defendárnos — respondió Keraban.

— Desde el momento en que esos animales no son carnívoros — hizo observar Van Mitten — no creo lleguen á atacarnos.

— Son — dijo Keraban; — pero si no corremos peligro de ser devorados, corremos el de ser despanzurcados.

— Lo que equivale á lo mismo — observó Bruno.

— Estemos, pues, preparados á lo que acontecer pueda.

Después el Sr. Keraban hizo preparar las armas; Van Mitten y Bruno tenían cada uno un revólver de seis tiros y cierto número de cartuchos. Y el antiguo turco, declarado enemigo de toda invención moderna, no poseía más que dos pistolas de fabricación otomana, con el cañon adomascado y la culata incrustada de concha y piedras preciosas, construidas más bien para adornar la cintura de un aglia, que para dispararlas en un ataque serio. Van Mitten, Keraban y Bruno no contaban más que con estas armas, y no debían emplearlas sino á golpe certero.

Sin embargo, los jabalíes, en número de veinte, se habían aproximado poco á poco, y rodeaban completamente al coche. Á la luz de los faroles, la que sin duda les había atraído, se podía verlos moverse violentamente y golpear con furia el suelo, en señal de ataque. Eran unos animales de la talla de un asno, dotados de una fuerza prodigiosa, y capaces de destruir cada uno á toda una resaca (1). La situación de los viajeros, prisionados en el cupé, no dejaba de inspirarles serias inquietudes, si eran asaltados por un lado ó por otro, antes de rayar el alba.

Los caballos del carruaje conocían el peligro, porque entre los gruñidos de la manada se oían sus relinchos, se encubritaban y se echaban á los lados, haciendo temer que rompiesen sus tirantes á la lanza de la carroza.

En seguida sonaron varias detonaciones. Van Mitten y Bruno acudían de disparar cada uno dos tiros de los revólvers, contra algunos jabalíes que se adelantaron al ataque. Los animales, más ó menos heridos, daban ruidos de rabia, arrojándose por el suelo; pero los otros, más furiosos, se precipitaban contra el coche, atacándole furiosamente con los colmillos. Los lados del coche fueron agujereados por

muchos sitios, y era evidente que en breve rato la situación sería realmente insostenible.

— ¡Diablo, diablo! — murmuraba Bruno.

— ¡Fuego, fuego! — repetía el Sr. Keraban, descargando sus pistolas, que de cada cuatro tiros falla, ha uno (aunque no quisiere convenir en ello).

Los revólvers de Bruno y Van Mitten hicieron cierto número de aquellos terrillos asustantes, de los que algunos atacaron directamente á los caballos.

Los caballos, espantados naturalmente por los golpes de los jabalíes, no podían defenderse más que á codos, sin tener libertad para sus movimientos. Si hubiesen estado libres, se hubieran lanzado á través del campo, y no hubiese sido más que cuestión de velocidad entre ellos y los de la banda salvaje. Lo ensayaron, sin duda, haciendo espantosos esfuerzos para romper los tirantes á fin de escapar; pero los tiros, contruidos con cuerdas cuyos cabos estaban bastante apretados, resistieron á sus numerosos esfuerzos. Por lo tanto, ó la parte delantera de la silla de posta se rompía bruscamente, ó todo el carruaje sería levantado á causa de los continuados arranques de los caballos.

El Sr. Keraban, Van Mitten y Bruno así lo comprendieron. Lo que les llenaba de temor era si el carruaje llegaba á volcar. Los jabalíes, á quienes los tiros no parecían inspirar cuidado alguno, se hubieran arrojado al momento; ¡y qué hubiera sido de ellos! Pero, ¿qué hacer para contrarrestar una eventualidad semejante? ¿Estarían á la merced de aquella furiosa tropa! Su sangre fría no les abandonó por eso, y no desperdiciaron los tiros de revólver.

De repente una sacudida mucho más violenta que las anteriores hizo cruzir todo el carruaje, como si la parte delantera se hubiese separado.

— ¡Eh, por qué tanto miedo! — exclamó Keraban. Si los caballos escapan á través de la estepa, los jabalíes se pondrán en su seguimiento, y nosotros nos habrémos salvado.

Pero la delantera era sólida y resistente, y de antigua construcción inglesa; así, pues, no fué eso el que cedió, sino todo el carruaje. Las sacudidas llegaron á ser tales, que fué arrancado de los profundos carriles que él mismo se había formado en aquel suelo pantanoso, y que se habían prolongado hasta los ojos.

Un último arranque de los caballos, locos de terror, le colocó en un terreno más firme, donde los caballos salieron al galope sin guía y en medio de aquella profunda noche.

Sin embargo, los jabalíes no abandonaban la partida, corriendo á los lados, ya atacando á los caballos ya al coche, que nunca llegaba á dejarlos atrás.

El Sr. Keraban, Van Mitten y Bruno se habian sentado en el fondo del cupé.

— Ó volcamos..... — dijo Van Mitten.

— Ó no volcamos — respondió el Sr. Keraban.

— ¡Sería necesario recobrar las bridas! — dijo gravemente Bruno.

Y bajando las vidrieras de la delantera, buscó con la mano para ver si las bridas estaban en su sitio; pero los caballos, en su precipitación, las habían roto

(1) Casadilla de galgos á otros perros de caza.

sin duda, y fué necesario abandonarse á la casualidad de aquella precipitada carrera á través de una comarca pantanosa.

Para detener el carruaje no habia más que un medio, que cesára en su persecucion la furiosa jauría, porque las armas de fuego, cuyas descargas se perdian en aquella masa en movimiento, no hubieran podido ser suficientes.

Los viajeros, arrojados unos sobre otros, ó lanzados de un lado á otro del cupé á cada desigualdad del camino (el uno resignado á su suerte, como todo musulman; los otros, flemáticos como holandeses), no cambiaron ni una sola palabra. Una hora se pasó así, el carruaje en movimiento, y los jabalies en su persecucion.

— Amigo Van Mitten — dijo al fin Keraban — me



Un súbito arranque de los caballos colocó el coche en un terreno más firme.

han contado que en un peligro muy parecido á este, un viajero seguido por una manada de lobos á través de las estepas de Rusia, se salvó, gracias al sublime arrojado de su criado.

— ¿De qué manera? — preguntó Van Mitten.

— ¡Oh, nada más sencillo! — repuso Keraban. — El criado abrazó á su amo, encomendó su alma á Dios, y se arrojó fuera del coche, y mientras los lobos se entretenían en devorarlo, el amo llegó á perderlos de vista, salvándose de aquel peligro.

— ¡Es lástima que Nizib no esté aquí! — respondió tranquilamente Bruno.

Después de aquella reflexión, todos volvieron á su primitivo silencio.

Sin embargo, la noche avanzaba, el carruaje no perdía nada de su impetuosa velocidad, y los jabalies no ganaban el suficiente terreno para arrojarse sobre él; si por algun accidente imprevisto, bien rompiéndose una rueda, ó bien por un choque demasiado violento, no volcaba el carruaje, todavía el señor Keraban y Van Mitten conservaban alguna esperanza de salvarse (aun sin apelar á ningún sacrificio por parte de Bruno, del que, por otra parte, este último no se sentía capaz).

Los caballos, guiados por su instinto, se mantenían en la parte de la estepa que estaban acostumbrados á recorrer, y por lo tanto, se dirigían en línea recta á los próximos relevos de postas.

Así que, cuando los primeros albores del día comenzaron á señalar la línea del horizonte en el Este, no les separaban de los relevos más que algunas veredas.

Sin embargo, los jabailes lucharon todavía una media hora, pero poco á poco se fueron quedando atrás; no por esto los caballos disminuyeron un solo instante su carrera, hasta que cayeron, absolutamente faltos de fuerza, á una centena de pasos de la casa de postas.

El Sr. Keraban y sus dos compañeros se habían salvado.

En aquella ocasión no se dieron menos gracias al Dios de los cristianos que al de los infieles por la protección que había prodigado á los viajeros holandeses y al turco en aquella peligrosa noche.

En el momento en que el coche llegaba al relevo, Nizih y el postillon, que no se habían podido aventurar en aquellas profundas tinieblas, iban á partir con los caballos de refuerzo. Estos reemplazaron á los otros caballos, los que el Sr. Keraban pagó á buen precio; después, sin dar una hora de descanso, el carruaje, cuyos tiros y timón fueron reparados, volvía á tomar su acostumbrada marcha por el camino de Kilia.

Esta pequeña ciudad, cuyas fortificaciones han destruido los rusos antes de anexionarla á la Rumania, es un puerto del Danubio, situada en una de las afueras que lleva su nombre.

El carruaje hizo alto en ella, sin nuevos incidentes, en la tarde del 25 de Agosto. Los viajeros, extenuados, se aposentaron en uno de los mejores hoteles de la ciudad, donde se desquitaron, con doce horas de sueño, de las fatigas de la noche precedente.

Á la mañana siguiente, al rayar el alba, partieron, y llegaron rápidamente á la frontera rusa.

Allí tuvieron algunas dificultades. Las formalidades, demasiado onerosas, de la aduana moscovita, no dejaron de poner á prueba la paciencia del Sr. Keraban, que, gracias á sus relaciones comerciales (por desgracia, ó por dicha, como se quiera tomar), hablaba bastante la lengua del país para dejarse comprender. Por un instante se creyó que por su torpeza en contrariar las acciones de los aduaneros, éstos les impedirían atravesar la frontera.

No sin trabajo, Van Mitten le llegó á calmar. Keraban se sometió por fin á las exigencias de la revisión, dejando registrar sus maletas, abonando los derechos de aduana, sin haber hecho muchas veces esta reflexión bastante justa:

—Decididamente, los gobiernos son todos iguales y no valen lo que una cáscara de sandía.

Finalmente franquearon la frontera rumana en una jornada, y el carruaje atravesaba aquella parte de la Besarabia que confina al nord-este con el mar Negro.

El Sr. Keraban y Van Mitten estaban á veinte leguas de Odessa.

## CAPÍTULO VIII.

ES EL QUE EL LECTOR HARÁ CONOCIMIENTO CON LA JÓVEN AMAZIA Y CON SU FUTURO ESPOSO.

La joven Amasia, hija única del banquero Selim, de origen turco, se paseaba hablando con su sirviente Nadjeh, en la galería de una encantadora habitación, cuyos jardines se extendían en espaciosas azoteas, hasta las orillas del mar Negro.

Desde la última azotea, cuyas gradas se bañaban en sus aguas tranquilas este día, pero muy á menudo azotadas por los vientos del Este del antiguo Ponto-Euxino, Odessa se mostraba, media hacia el Sur, en todo su esplendor.

Esta ciudad (que es un oasis, en medio de la inmensa estepa que la rodea) forma un magnífico panorama de palacios, iglesias, hoteles, casas, todo destacado sobre el escarpado derrumbadero, que se prolonga en pico hasta el mar. Desde la habitación del banquero Selim se apercibía la gran plaza adornada de árboles, y la monumental escalera que denomina la estatua del Duque de Richelieu. Este gran hombre, tan experto en gobernar un Estado, fué el fundador de esta ciudad, y la administró el mismo hasta que tuvo que venir á trabajar por la libertad del territorio francés, invadido por toda la Europa unida.

Si el clima de esta ciudad es seco bajo la influencia de los vientos del Norte y del Este, y si los ricos habitantes de esta capital de la nueva Rusia se ven obligados, durante la temporada calurosa, á ir á buscar el fresco bajo la sombra de los khoutors, es lo suficiente para explicar por qué las casas de campo son tan numerosas en el litoral, para el solaz y recreo de aquellos cuyos negocios conceden algunos meses de verano bajo el cielo de la Crimea meridional. Entre estas diferentes casas de campo se encuentra la del banquero Selim, cuya situación contribuía no poco á disminuir los inconvenientes de una excesiva torpeza.

Si se pregunta por qué se ha dado el nombre de Odessa, es decir, á la ciudad de Ulyses á una pequeña villa, que en tiempo de Potemkin se designaba con el nombre de Hadji-Bey, igualmente que su fortaleza, se contestará que los colonos, atraídos por los privilegios otorgados á la nueva ciudad, pidieron un nombre á la emperatriz Catalina II. La Emperatriz consultó á la Academia de San Petersburgo; los académicos buscaron en la historia de la guerra de Troya; y estos registros dieron por resultado la existencia más ó menos problemática de la ciudad de Odessos, que había existido entonces en aquella parte del litoral, cuyo nombre, Odessa, aparecía en aquellas tierras segunda vez, después de diez y ocho siglos.

Odessa había sido ciudad comercial, lo es ahora, y es de creer que lo será siempre. Sus ciento cincuenta mil habitantes se componen no tan sólo de rusos, sino también de turcos, griegos, armenios (ó sea una aglomeración cosmopolita de todas aquellas personas que pasan su vida negociando). De esta manera, si el comercio, y especialmente el comercio de exportación, no se efectúa sin comerciantes, tampoco se efectúa

sin banqueros; de aquí la creación de las casas de banca, desde el origen de la nueva ciudad, y entre éstas, modesta en sus fines, pero clasificada entre una de las mejores, se hallaba la del banquero Selim.

Se le conocerá lo suficiente cuando se diga que Selim pertenecía á la categoría ménos numerosa de turcos monógamos; que era viudo de la sola mujer que había tenido; que tenía á Amasia, única hija y

futura del jóven Ahmet, sobrino del Sr. Keraban, y en fin, que era corresponsal y amigo del más testarudo de los osmanlies.

El casamiento de Ahmet y de Amasia debía celebrarse, según sabemos, en Odessa. La hija del banquero no estaba destinada á ser la primera mujer de un harem, participando con más ó ménos numerosas rivales, del ginecéo de un turco egoísta y caprichoso:



Vista de Odessa.

No. Debía, sola con Ahmet, volver á Constantinopla con su tío Keraban. Sola y sin partícipes, estaba destinada á vivir cerca de su marido, á quien amaba desde su infancia. Este porvenir debió parecer singular á una jóven turca en el país de Mahoma; lo sería así; pero Ahmet no era hombre capaz de variar en nada las costumbres de su familia.

Se sabe, por uno de los capítulos precedentes, que una tia de Amasia, hermana de su padre, le había legado al morir la cuantiosa suma de cien mil libras turcas, con la condicion de que se casase á los diez y seis años cumplidos (un capricho de anciana, que, no

habiendo podido jamas encontrar un marido, se había figurado que su sobrina no lo encontraría tan pronto), y este plazo espiraba dentro de seis semanas. Por lo cual, si no se cumplía, la herencia que constituía la mayor parte de la fortuna de la jóven, se repartiría entre los parientes más próximos.

De todas maneras, Amasia hubiese sido encantadora hasta para un europeo. Si el soniachmak ó velo de muselina blanca, si la tela bordada de oro que la cubría la cabeza, y la triple pila de zequies que la cubría la frente se hubiesen arrancado, se hubieran visto flotar los rizos de una hermosa cabellera. Ama-

sia no seguía las modas de su país, porque no tenía necesidad de ellas para realzar su belleza. Ni el *han-num* dibujaba sus cejas, ni el *khol* teñía sus pestañas, ni el *henné* esfumaba sus pupilas. Nada de blanco de bismuto ni carmin para pintar su rostro. Nada de kermes líquidos para enrojecer sus labios. Una mujer de Occidente, arreglada á la deplorable moda del día, hubiera estado más pintada que ella; pero su ele-

gancia natural, la flexibilidad de su talle, la gracia de su andar, se dibujaban bajo el *feredje*, largo manto de cachemir que la cubría desde el cuello hasta los piés.

Aquel día Amasia se hallaba en la galería que daba en los jardines de la habitación, cubierta con una camisa de seda de Brousse que cubría el ancho *chalar*, unido á una pequeña chaquetilla bordada y una



Querida señora —dijo Nedjeb.

*cutari* de larga cola de seda, acuchillada y guarnecida de una pasamanería de *oya*, especie de blonda exclusivamente fabricada en Turquía. Un cinturón de cachemir retenía las puntas de la cola para facilitar la marcha. Pendientes y una sortija eran sus solas alhajas. Elegantes *padjoubas* de muselina ocultaban la parte inferior de las piernas, y sus pequeños piés desaparecían en unos chapines matizados de oro.

Su sirvienta Nedjeb, bastante jóven y alegre, que era su inseparable compañera (casi su amiga) estaba entónces en su compañía hablando y riendo, ameni-zando, en una palabra, con su buen humor franco y comunicativo aquellos momentos.

Nedjeb, de origen zingaro, no era esclava. Aunque se ven todavía etíopes ó negros del Sudan puestos en venta en algunos mercados del Imperio, la esclavitud no por eso deja de estar abolida. Bien que el número de los criados es considerable para las necesidades de las grandes familias turcas (número que en Constantinopla comprende la tercera parte de la población musulmana), estos criados no están reducidos al estado de esclavitud, y aparte de algunos casos particulares, no tienen gran cosa que hacer.

(Se continuará.)

# LA REINA DE LOS LAGOS

LEYENDA DEL VALLE MEJICANO

POR EL CAPITAN MAYNE REID.

—Buena, iré á eso de las once, y no tardaremos en llegar haciendo galopar nuestros caballos; de fijo estamos en la Soledad á buena hora para alcanzar las diversiones que empiezan por la tarde. Mi tío piensa convidar una porcion de gente de los alrededores; así es que tendrá V. una gran ocasion de estudiar las costumbres de Méjico — y añadió con una sonrisa significativa — es muy posible que vea V. allí algo que le guste más que las costumbres de Noche-Buena, que encuentre V. álguien que le parezca más bonita aún que mis primas.

—¿Quién?—le pregunté enseguida con cierto interés que no pude disimular.

Había nombrado San Isidro, y había dicho que su tío vivía cerca del lago; así, esperaba su respuesta con afán, aunque casi sabía cuál había de ser; no me engañó.

—; La Reina de los Lagos!

Y al decir esto me favoreció por segunda vez con su insinuante sonrisa.

—; Oh!—dije, procurando en vano ocultar mi emocion.—¿Quiere V. decir la jóven india que vende flores en el mercado de Santo Domingo?

—Justamente, me refiero á la jóven india que vende flores en el mercado de Santo Domingo — dijo imitando perfectamente el tono indiferente que había querido dar á mi pregunta.— La misma, á la cual un cierto oficial ha comprado las flores mejores y más caras y....

—; Qué tontería!— exclamé interrumpiéndola, al sentir que al fin conseguía sofocarme.

— La misma — continuó sin hacerme caso — cuyos preciosos jardines flotantes tenía el mismo oficial tan sus deseos de inspeccionar, lo cual hizo al fin con grave riesgo de su vida. Ahora bien, amigo mío, ¿reconoce V. al individuo?

No sé lo que respondi, alguna tontería sin duda; sólo recuerdo que terminó mi frase con una carcajada de ambos.

— Ahora, señor capitán — dijo poniendo fin á nuestra conversacion — creo que le tengo á V. seguro para nuestra Noche-Buena, doblemente segura, ¿no es verdad?

Lo sabía perfectamente; así no tuve necesidad de responderle.

## CAPÍTULO XVI.

EN CAMINO PARA LA FIESTA.

El jueves por la mañana á la hora convenida llegó el capitán Moreno á mi cuartel á caballo, y pron-

te para el camino. Me encontró esperándole con Crittenden, que iba á venir con nosotros por ser también amigo y estar invitado á la fiesta. Los dos estábamos de gran uniforme, con botas y espuelas; sin duda recordando nuestra triste expedición en traje de rancheros, habíamos pensado esta vez presentarnos en la Soledad vestidos de otro modo diferente. Además, para estar más seguros de no encontrar ladrones ni guerrilleros, había dispuesto que nos acompañasen unos cuantos soldados, como especie de escolta, precaucion muy necesaria, por lo visto, en aquel país. Yo podía disponer de ellos muy bien sin incomodar á los jefes para esta friolera, y así lo habíamos arreglado con el señor de Covarrubias, á lo que es lo mismo, con su sobrino, el cual me dijo al ver mi escolta delante de nosotros:

— Cuantos más, más alegres; sus soldados de usted, que son por cierto grupos chicos, ayudarán sin duda á divertir á las touchachas de la casa, y pasarán con ellos bien la Noche-Buena; estoy seguro que mi tío se alegrará mucho de tenerlos allí, y que aquellos campesinos se pondrán contentísimos con la introduccion de este nuevo elemento en la escena de sus diversiones. Porque tengo el placer de anunciar á V., caballero, que hoy no existe ya entre sus soldados y el pueblo la hostilidad que había cuando vinieron ustedes primeramente entre nosotros. Claro es que entrando ustedes aquí como invasores y conquistadores, nuestra gente no podía recibirlos á ustedes muy bien. Ahora, por el contrario, los miran como sus protectores, y con mucha razon, considerando cómo se han portado ustedes con nosotros, especialmente librándonos de los saqueadores. Antes que ustedes vieran era imposible transitar por aquí sin gran peligro.

Y era bien cierto, porque nosotros habíamos tomado con empeño la persecucion de aquellos bribones, y habíamos conseguido deshacer algunas de sus partidas, cogiendo y fusilando á muchos de sus principales jefes. Había, sin embargo, todavía muchos, entre ellos, uno que yo creía venía de cuando en cuando por la parte del valle que íbamos nosotros á visitar; así es que el llevar una escolta con nosotros era una precaucion enteramente precisa. La prudencia sólo lo exigía. Mi compañero y yo nos alegramos mucho de oír al oficial mejicano, y una vez todo arreglado, saltamos sobre nuestras sillas, dimos la voz de «en marcha», y emprendimos nuestro pequeño viaje. Al pasar por la garita de San Lázaro, volvimos la cabeza para mirar el camino nacional que va desde la capital á la costa de Veracruz.

Era una mañana deliciosa, como lo son la mayoría en este precioso valle, donde se disfruta una continua primavera. Si hay alguna variación, es únicamente en los meses en que el verano impera con sus fuertes calores y terribles tempestades. Al rededor de nosotros se extendía una alegre llanura, adornada aquí y allí por gigantescos álces que forman la vegetación característica del valle. En frente se veía el gran lago salado Tezacoac, que es por sí solo un pequeño mar, en cuyas aguas se reflejan como en un espejo las montañas que en su orilla se elevan, y que forman parte del mar que cierra el lago. Hacia el Sur, en esta misma cordillera, está la de los Andes mexicanos, conocida por el nombre de Sierra Madre, por estar inclinada sobre su pecho, con las rodillas ligeramente pronunciadas, pecho levantado y su cabeza echada en una almohada de nieve. Más allá, en la misma dirección, separada por Ixticihuato, se eleva el monte Popocatepec (montaña que echa llanto), que es como le conocen en Aztec, cuyo nombre viene de haber sido un activo volcán, y todavía algunas veces hace de las suyas.

Todo alrededor del valle fué recorriendo nuestra vista los picos de las montañas, dejando detrás la cordillera del Sudeste, entre las que se destaca la cima nevada de Toluca, mientras que á derecha é izquierda atraviesan sierras de poca ó poca elevación, aunque muchas de ellas tan altas como el Monte Blanco, que une las dos cordilleras, completando así la circunferencia de esta notable llanura. Imposible imaginar nada más bello que el precioso paisaje que se presentaba á nuestra vista. Tenía todos los elementos de belleza y poesía que pueden alcanzarse. Jamás pincel ninguno podrá trasladar al lienzo cuadro más sublime.

Había además allí un interés para el historiador, y más aún para el geologista que á cada paso puede descubrir señales de temblores de tierra y volcanes en actividad. Al cruzar de Oriente á Poniente, ó al atravesar de Norte á Sur, no dejamos de notar ciertas eminencias aisladas, ménos parecidas á montes que á montañas en miniatura, levantándose derechas en la llanura perfectamente igual alrededor de su base. Algunos de estos cerros concluyen en plano; otros tienen una forma cónica, que guarda cierto parecido con una taza de té puesta boca abajo, tocados de los cuales tienen en su centro ó cima un cráter apagado. En el mismo lago Chalco dicen ahora que hay dos ó tres de estos volcanes cerrados por el pantano, cuyos frentes de oscura lava forman un raro contraste con la rica vegetación de sus alrededores.

En muchas expediciones hechas por el valle de Méjico con más tropas, he poseído por estas alturas, observándolas con el mayor interés; pero en aquella ocasión ni las miré ni pensé en ellas.

Esta vez sólo podía pensar en la clase de concurrencia que encontraría en la Soledad, pero más aún, debo confesarlo, en algún que había visto alguna otra vez. ¿Estaría allí, se alegraría de verme? En la primer pregunta iba incluída la segunda, y no pude contestarla. Moreno había dicho que era posible, sin dar ninguna razón que me explicase su duda. Por nada del mundo le hubiese yo preguntado ahora. Pare-

cia saber más acerca de mi amor de lo que yo habría deseado, y en verdad que no podía yo adivinar como y por quien estaba tan bien enterado, puesto que ni siquiera á Crittenden le había yo comunicado mis impresiones y simpatías por la hermosa india, y ahora me alegraba de haber guardado el secreto, por más que ya hubiese dejado de serlo, puesto que mis amigos lo conocían. Si estaba en la fiesta, ¿qué haría la Reina de los Lagos? ¿Cómo se portaría? Con la mayor dignidad, estaba seguro; tenía ella una gracia y finura especial suya, que no necesitaba forzar para estar siempre bien. Me la figuraba allí la reina de la tierra, la misma que de los lagos.

No eran mis dudas acerca de esto, sino en otro terreno muy diferente. ¿Justificaría por su conducta el nombre de coqueta que la daba Espinosa, ó sería como yo siempre la había visto, la personificación de la sencillez y la inocencia, tan buena al parecer como hermosa? Y no eran celos lo que yo sentía. El temor que había experimentado al oír las pallas y ordes palabras del coronel de lanceros, no eran celos, no. Hasta ya mucho tiempo que había oído aquellas murmuraciones, y nunca, ni por un momento, se me había ocurrido que yo pudiese tener un ladron por rival. Pero podía haber otro rival. Algun joven que yo no conocía ni había oído nombrar. Si era así, de fijo estaría en la Soledad; se entiende, si ella estaba. Pero ¿quién podía ser? Uno de su raza probablemente. Tan absurda era la pregunta como la respuesta. Siendo ella de sangre real, descendiente por línea recta de los últimos monarcas de Aztec, no había en el valle de Méjico sér alguno digno de mí Reina. Estaba seguro de ello. ¿Quién, pues, podía atreverse á sifiar su corazón, puesto que era imposible aspirar á su mano?

¿Si le hubiese, si le hubiese! ¿Qué situación tan ridícula la mía! Claro es que habría, no uno, sino varios. Más razonable era preguntar: ¿habrá alguno que haya conseguido algo? Y si lo hay, ¿quién es? Me la figuraba en aquella fiesta rodeada, asediada por aduladores y admiradores sin número. Estaba cierto de ver esto si ella estaba allí. ¿Y cómo podía yo suponer que hasta entónces, estando tan desarrollada como una mujer, por más que fuese una niña, hubiera resistido toda aquella batería de asaltos? ¿Un milagro que hubiera resistido! Y tanto mayor el triunfo para el que lo consiguesse, y más y más dulce la idea de poseer su corazón, hermoso como su cara, virgen como ella.

## CAPÍTULO XVII.

### EXTRAÑO INTERROGATORIO.

Mientras yo hacía en silencio estas reflexiones, se una voz que decía á mi oído:

—¿En qué está V. pensando? ¡Vaya un capitán de artillería, que se queda á descientos varas de retaguardia de sus tropas! ¿Qué sería de nosotros si de repente se presentase una partida de guerrilleros ó saltadores? Palabra de honor, capitán que casi no avergüenza de ser su amigo de V., y estoy dispuesto á pensar, despues de todo, que no es V. el valien-



te soldado siempre en guardia, de quien yo he oído hablar.

Era Moreno quien me dirigía con tono irónico esta serie de preguntas mezcladas de varias observaciones terminadas por una gran carcajada.

Tenia mucha razón para quejarse, porque después de la pequeña conversación que tuvimos al salir, había dejado caer las riendas sobre el cuello de mi caballo, y me había entregado por completo á las reflexiones arriba citadas.

Todo este tiempo había ido él delante con Critenden y la escolta, hasta que cansado de mi silencio vino á decirme aquellas bromas, á las que nada podía yo contestar.

Su voz me despertó de mi letargo con una prontitud que tal vez otro no hubiera tenido en mis circunstancias, puesto que entré todos los rivales que yo tenía, ninguno me parecía reunir tantas y tan buenas cualidades como el capitán Moreno. ¿Difícilmente podria verse una figura más hermosa! Era en verdad el tipo que podía uno imaginarse para conquistar el corazón de la bella india. No podía creerse que él, que tantas ocasiones había tenido de admirada, no hubiese encontrado hermosísima á la Reina de los Lagos; si que á ella le hubiese pasado desapercibido un hombre como el capitán, que á su bella figura reunía una brillante posición. Su padre podía muy bien serlo de un rey ó un príncipe; y su tío era el dueño de unas tierras, si así pueden llamarse en los que podía muy bien vivir el descendiente de una familia real.

El capitán Moreno era, en fin, ó debía ser á los ojos de la joven india, como el hijo de un noble inglés para las hijas de sus aldeanos, perfectamente irresistible.

Todo esto había pasado por mi imaginación. Recordaba como había defendido á la chimanpera cuando tan mal hablaba de ella el coronel Espinosa, y recordaba aun mejor la expresión de su cara, en la que se leía un disgusto marcado, quizá por el mismo motivo que el mío.

Después recordé las palabras cuando al encontrarme en la calle de Plateras me hizo la invitación que yo acepté con tanto gusto; todas aquellas bromas de las cuales nos reímos tan sinceramente. ¿Podría ser que todo aquello lo hubiese dicho con la idea de averiguar algo, y que la Reina de los Lagos le preocupase más que ninguna de sus primas.

Una ligera sospecha de todo esto cruzaba en este momento por mi pensamiento, tal vez infundada, pero no ménos desagradable.

A pesar de su inocencia, me disgustaron un poco sus burlas.

No pude ménos de ver en ellas que comprendía muy bien lo que me preocupaba, y me parecía á mí que era todo ello demasiado serio para que nadie se burlase como de una cosa insignificante. Hubiera sido, sin embargo, una grosería en mí dejar ver mi disgusto; así, procuré, contestando no sé qué tonterías, sonreír y seguir charlando con él en tono de broma, todo lo cual me fastidiaba en aquel momento, y seguramente debía conocerse el esfuerzo que yo ha-

cia para conseguir aquel triunfo sobre mis ideas y sentimientos.

No pareció, sin embargo, notar mi disgusto, y siguió con el mismo tono:

— Á propósito, caballero; no me ha dicho V. todavía cómo encuentra V. á mis primas.

— ¡Sus primas!... ¿De cuáles habla V., capitán Moreno?

— ¡De quién sino de las señoritas de Covarrubia!

— ¿Qué puedo yo decir de ellas si no las he visto en mi vida?

— ¡Oh, sí, V. las ha visto y hablado á las dos, y áun me han asegurado que le gustaron á V. mucho, especialmente Ignacia. Es muy bonita, no puedo ménos de confesarlo á pesar de ser su prima. Sin embargo, Marianita gusta más. Quizá no sea tanto por su belleza como por su coquetería; pero dígame usted francamente, ¿cuál prefiere V.?

No salía de mi admiración, y creí que mi amigo había perdido el juicio.

— Decididamente tiene V. hoy gana de broma, capitán Moreno.

— No por cierto; hablo con toda formalidad; pero en fin, no insistiré; cuando haya V. visto más despacio á esas señoritas, espero que me hará V. el favor de decirme su opinión. Pero ya hemos llegado; admire V. esa casa con esa cúpula y su campanario en ella, que se eleva más allá de los hermosos siconoros que la rodean. ¿Me permite V. que me adelante como *avant courier* para anunciar á mi tío su visita? Tal vez tengan que arreglar un poco la cuadra en la Soledad para poder colocar los caballos de la escolta.

El permiso, por supuesto, fué tomado ántes que concedido, y poniendo su caballo al galope, se fué, dejándome completamente confundido acerca de sus primas.

Por más que hacia no podía recordar dónde y cómo había visto á las señoritas de Covarrubia, con quienes, según él decía, había hablado. Y áun había añadido que me gustaba más Ignacia. ¡Nunca! Yo no podía recordar semejante cosa: ó el capitán estaba loco, ó se equivocaba, ó tenía gana de bromas.

Era verdad que había encontrado en el paseo varias señoras mejicanas, cuyos nombres no conocía, y áun con algunas de ellas había cambiado algunas palabras al saludarlas.

Podrían las señoritas de Covarrubia ser algunas de ellas, pero siempre quedaba la historia de mi preferencia por Ignacia, porque no recordaba que ninguna me hubiese chocado, y ménos que lo hubiese dicho.

Tal vez, pensé, algún otro individuo con el uniforme de mi regimiento les ha pasado la calle y dicho cuatro galanterías, y á él sin duda iba dirigida esta invitación para la Noche-Buena.

Pensando así, temí por un momento que no hubiésemos hecho una tontería, porque si había esta equivocación, cosa que parecía muy posible, el papel que yo iba á representar en las fiestas no era en verdad de los más brillantes, además del disgusto natural que esto produciría á Ignacia y á la más admirada Marianita.

Y sin embargo, la falta no era mía; el primo Rafael sufriría la reprimenda y las daría sus excusas, si podía.

Me consolé con estas reflexiones y con otras que me animaron más todavía, y acabé por no sentir la equivocación, si la había, que me traía á casa de don Joaquín Covarrubio.

Habíamos llegado muy cerca de ella, y podíamos verla perfectamente. Era una construcción cuadrada y maciza, del estilo de la arquitectura morisca, y parapetada todo alrededor, con una gran puerta en el frente que daba entrada á un ancho patio. Á un lado de éste, y enteramente aparte, estaba la capilla adornada en su parte superior por una elevada cúpula formada de vistosos azulejos, mientras que detras estaban las habitaciones para los trabajos domésticos, y más detras todavía una colección de *ranchitos*, que son los cuartos destinados para los peones y otros empleados de la casa. Porque los campos que rodean la Sociedad están llenos de *magueys*, como habíamos visto al venir, y esta finca era como había dicho el capitán Moreno, un *magueyal*, y un gran edificio que había detras era sin duda el *tinacal*, que es el sitio donde, por el procedimiento de la fermentación, el jugo del gigantesco albe llamado *tlachiqué* se convierte en el brebaje nacional conocido por el nombre de *pulqué*.

Después de esta ligera inspección, volvimos nuestras riendas hácia la hermosa explanada que ocupaba el frente de la casa donde se hacían en aquel momento los formales preparativos para la fiesta. Habían levantado una especie de colimana en forma de pabellón, la cual sostenía á su vez otras más pequeñas adornadas de siemprevivas y otras flores; al rededor había colocadas unas sillas de forma cuadrada, cuyos asientos de palma ó juncos estaban protegidos de los rayos del sol, por lo que allí llaman *patates*, y al lado de estos asientos, esparcidas por todas partes, se veían botellas y comestibles de varias clases que perfectamente colocados, abrían el apetito y animaban la vista de los concurrentes.

Era, sin embargo, muy temprano para empezar la fiesta, la gente que había de tomar parte en ella no debía haber llegado todavía; así, después de haber mirado al pasar todos aquellos preparativos, entramos en la casa.

En la puerta, y descubriendo su cabeza para saludarnos, estaba un señor de edad que me pareció haber visto en alguna parte. Me convencí de ello cuando al subir á la azotea vi asomarse por el parapeto dos bonitas caras femeninas, y en medio de ellas otra masculina.

—¿Y ahora, caballero—me dijo el capitán Moreno sonriéndose—insiste V. en asegurar que no ha visto nunca á mis primas? Si es así, permítame usted que le presente á ellas; ésta es Marianita, y ésta Ignacia, la que.... en fin, no quiero decir lo que he sido; apéese V. y véngase V. aquí con nosotros.

Todo quedaba explicado. No necesitó llegar donde estaban para reconocer en los hermosos ojos negros de las dos jóvenes los mismos que me habían demostrado su agradecimiento en el Teatro Nacional.

## CAPÍTULO XVIII.

## LAS SEÑORITAS DE COVARRUBIO.

Se comprende que habiendo unas quince millas de distancia desde la ciudad á la hacienda de D. Joaquín, debíamos llegar á ella con las mejores disposiciones para tomar algo sólido que nos permitiese esperar la cena.

Nuestro huésped había previsto este caso, y encontramos una elegante mesa preparada en el comedor.

Ellos empiezan el día por el *desayuno*, que se compone generalmente de una taza de café, ó más bien chocolate con un bollo ó bizcocho. Esto lo toman temprano, porque los mejicanos son madrugadores. Las señoras van casi todas á la iglesia á sus devociones de mañana, muchas veces aprovechando esta ocasión para alguna inocente coquetería. Esto suele ser entre seis y siete, después de lo que vuelven á casa y se acuestan otra vez hasta uso de las once. Y al levantarse por segunda vez es cuando sirven el verdadero almuerzo, esto es, lo que los franceses llaman un *déjeuner à la fourchette*, y que se compone de varios platos y vinos, siendo en realidad más bien comida que almuerzo. La comida, que es una cuestión de la mayor importancia, se sirve en las últimas horas de la tarde; pero la cena no se usa ya en ninguna parte como no sea en Noche-Buena. En grandes ocasiones, como en el *lunchon* que nos presentaron, era, en verdad, su segundo almuerzo retrasado hasta nuestra llegada, y todos los individuos de la familia se sentaron con nosotros á la mesa.

No eran muchos por cierto. Don Joaquín, sus dos hermanas, su hermano y el capellán, que era el sacerdote encargado de atender al culto de la capilla del *magueyal*. Después el primo Rafael, Crimenita y yo.

Como era natural, se habló del episodio del teatro Nacional, cuya conversacion empezó Marianita, la más joven de las dos, preguntándome:

—¿Y qué le hicieron? Espero que no le castigaron demasiado, ¿pobre hombre!

—¿Pobre, eh?—respondió el capitán Moreno que había oído la pregunta,—es demasiado amable el hablar de un hombre que se porta como él; yo creo al contrario, que debieron castigarle con toda severidad.

—¡Qué cruel!—dijo la joven á la que Moreno se ponía algo coqueta.—¿Y qué es lo que hizo después de todo?

—Procurar darte un beso, y á ti únicamente—añadió el primo con tono irónico, añadiendo:—se ponga que de ahí viene tu indulgencia para él.

Esto era una broma de familia, pero la verdad es que á ella era á quien con tanto empeño se acercaba Sullivan cuando yo entré en el palco.

Yo lo recordaba muy bien, porque la otra, que era mucho más alta, estaba más lejos y más tranquila.

Por toda respuesta el primo Rafael recibió una miga de bizcocho que le tiro por cima de la mesa Marianita, diciendo al mismo tiempo:

—Toma, por tu insolencia.

Todos nos echamos á reír, con lo que se le pasó el

enfado, que por un momento no pudo disimular, y siguió diciendo:

—Ya saben VV. que el pobre hombre estaba algo alegre.

—Lo cual quiere decir que si no lo hubiera estado, no hubiera tenido empeño en besarte.

Esta vez el capitán Moreno, porque era él también el que le dirigía esta broma, recibió en su cara una naranja entera, y con tal fuerza, que le hizo saltar de la silla; fué un buen tiro y bien merecido, como dijeron riendo todos, ménos Ignacia, que se contentó con sonreír muy ligeramente sin decir una palabra, por lo que yo creí ver que tal vez sentiría por su primo algo más que una simpatía de parientes. Esta vez mis suposiciones eran ménos acertadas aún, como pude ver después.

Todas estas bromas en la mesa parecerán un poco extrañas, pero es preciso tener presente que era Nobe-Buena, y que en este día todo está permitido en Méjico, aun entre la mejor sociedad, como era aquella en que nos encontráramos.

La naranja, sin embargo, aun cuando hizo reír á todos, puso fin á las bromas de Rafael. Y D. Joaquín, con toda formalidad, preguntó qué había sido de Sullivan.

—Nada todavía—contesté.—Será juzgado por el consejo de guerra; y según todas las probabilidades, será condenado y quedará fuera de servicio.

Aun cuando no tiene relación ninguna con mi historia, séame permitido consignar aquí lo que en efecto ocurrió al pobre Sullivan, que por muy mal que se le hubiese portado, no merecía en mi opinión tan duro castigo.

Sucedio lo que yo había creído. Fué ignominiosamente arrojado de su empleo, ganado por servicios hallados en el campo de batalla, dejándole en libertad de irse donde quisiera; pero con el balde de infamia que ya nadie podía quitar á su nombre. Desgracia sentida por todos sus antiguos camaradas, aun por aquellos que habían servido á su lado en las mismas filas, que no podían quererle mal por haberse lanzado el primero contra el enemigo como había hecho atacando él mismo á San Querétaro, donde, como ya hemos dicho, los mejicanos guardan todavía un gobierno sostenido por el esqueleto de un ejército.

En aquella triste situación, ofreció su espada, y no solamente fué aceptada, sino que le ascendieron á un empleo superior al que ocupaba en el ejército que involuntariamente había abandonado. Le hicieron lo que ellos llaman *conocer punctum* en el acto, y le dieron el mando del regimiento.

Pero otra vez le persiguió su mala estrella y su buena suerte duró esta vez también poco tiempo. Porque casi enseguida fué firmado el tratado concluido por el de Guadalupe, por ser en aquella ciudad donde se reunieron los comisionados que arreglaron la paz, y nosotros los invasores evacuamos el país. Apenas le habíamos abandonado cuando estalló una de esas revoluciones conocidas allí por el nombre de *insurrecciones*.

Aquella había sido dirigida por un famoso guerrillero español á quien llamaban padre Jarante. Sulli-

van se puso al lado suyo. Los partidarios del gobierno dominaron la insurrección; el padre Jarante con bien pocas ceremonias fué pasada por las armas y al mismo tiempo el antiguo alférez, y entonces por desgracia suya coronel Sullivan.

Volvamos al dichoso y alegre círculo que tan sin ceremonia hemos elegido.

—Mucho me alegraré que le quiten el empleo—dijo el capitán Moreno—y que le castiguen además, si no lo hacen, añadió, yo le daré algo bueno por mi cuenta.

Al decir esto, la que había estado expuesta á ser abrazada por el alférez; la misma que había tirado la naranja á su primo, le miró con cierto temor como diciendo: «No, querido Rafael, no; tú no debes hacer eso, no debes de verdad!»

Yo al ménos interpreté así la expresión de sus hermosos ojos, expresión que me sorprendió bastante, si hubiera sido en su hermana, no me hubiera chocado, casi me lo hubiera explicado. Pero Ignacia permanecía tranquila, casi indiferente, mientras que los ojos de Marianita, después de haber expresado ansiedad, parecían brillar con orgullo al mirar al que hablaba de exponer su vida por ella.

No necesité estar mucho tiempo en la mesa para descubrir que las niñas de biscocho y la naranja que pasaron por medio de ella eran como las pequeñas flechas que parten del arco de Cupido, cuando el rey del amor juega y se divierte en atormentar los mortales.

Comprendía que me había equivocado, y que lo que yo había tomado por enfado era únicamente esa especie de frenesí que sienten los que desean unir sus vidas en estrecho lazo.

Y no sé como había podido equivocarme ni por un momento, porque no había más que ver las miradas que se dirigían de cuando en cuando para comprender que aspiraban á otro parentesco más íntimo que el de primos.

Recordé lo que me había dicho por el camino: «Marianita es la más admirada, á Él podía admirarla, pero por mi parte no podía ménos de preguntarme: ¿dónde tiene los ojos?»

Otra idea resultó de esto, mucho más agradable para mí. Ningun hombre puede querer á dos mujeres al mismo tiempo.

Por vanidad ó por maldad lo dejan suponer á otros, pero yo sabía que Rafael Moreno no era malo ni vanidoso; esto me hizo ver que había cometido otro error al tener que pudiera pensar en la joven india, y no necesito decir que me alegré semejante descubrimiento. Antes de dejar la mesa pude observar los preliminares de otro amor en ciernes.

Crittenden parecía animarse con la hermana, al ménos tenía todo el aspecto del que está próximo al precipicio; fijos casi siempre en ella sus ojos, sin comer apenas de los deliciosos manjares que iban pasando á pesar de ser, en su estado normal, un buen gastrónomo.

Habría deseado saber hasta qué punto era correspondida su naciente pasión.

Á no haber ya otra candidato preferido, creía yo

que no lo sería indiferente á Ignacia mi compañero y amigo, porque, en general, los hermosos ojos de las *doncellas* mejicanas miran con predilección á los gueros, cuyos cabellos rubios tienen allí mucho partido, y siendo Orittenden el tipo exacto, el perfecto ideal de esta clase de americanos, era de esperar que le gustase á la señorita de Covarrubio.

Ciertamente que no parecía disgustada de las dulces miradas que la dirigía el jóven oficial, y que ella no podía ménos de notar.

—Y bien, amigo mio—me dijo D. Rafael llevándome aparte, despues que las señoras se levantaron de la mesa—ahora tiene V. que cumplir su promesa, ¿qué le parecen á V. mis primas? ¿No es verdad que son muy lindas?

—¡ Lindísimas ! Preciosas las dos á cuál más.

—Pero ¿ cuál le parece á V. más bonita ?

—Ya sé yo cuál es la que V. prefiere.

—¿ Ignacia ?

—No, la futura señora de Moreno.

—¡ Oh !, qué tantería !—contestó riéndose.—Vamos, véngase V., añadió sin dejarme continuar, veamos las diversiones que preparan por aquí fuera, que ya deben estar empezando.

## CAPÍTULO XIX.

### UNA FIESTA CAMPESTRE EN MÉJICO.

En ninguna parte del mundo hay más días dedicados á divertirse que en Méjico. Todas las semanas tienen su fiesta religiosa, ó sencillamente por diversion, aunque las primeras tienen siempre tambien su mayor celebridad en variadas diversiones de todas clases, para las cuales gastan infinidad de vistosos trajes.

Cuando acompañado por el capitán Moreno volví al frente de la casa, el espectáculo que se presentó á mis ojos era digno de contemplarse y difícil de olvidar.

Durante la hora que habíamos tardado en almorzar, la gente que venía á la fiesta había llegado casi toda al mismo tiempo, y la verde pradera donde se levantaba el pabellón estaba completamente llena de alegres grupos, que de pie unos, paseando otros, conversaban alegremente.

Había allí rancheros orgullosos de sus magníficos trajes, chaqueta ajustada, calzoncillos, faja de crespón de seda, botas y sombrero, el cual tenía una banda de oro ó de plata.

El *uciero*, no con el traje de todos los días, de chaqueta gorda y delantal de cuero que usan para manejar las mulas, sino con el de gala, de magníficos colores y tan rico en su clase como el del ranchero, aunque enteramente diferente en coste y adornos.

*Mestizos* de las ciudades y pueblos vecinos vistiendo el ancho pantalón de pana, con botones á los lados, desde el tálon á la cadera, sin chalecos ni chaquetas, pero con camisas finísimas llenas de bordados en la pechera, y el universal *serapé* colgado en el hombro izquierdo.

Otros varios vecinos de la ciudad, de más baja esfera y humilde posición, formaban tambien parte del alegre concurso.

Los llamados leperos y pelados que se distinguen por una especie de corbata que llevaban en el cuello, de su camisa de algodón, y que era inferior á las que generalmente usaban los *domas*.

También veía la *gente de razon*, como ellos llaman indistintamente á todos los mejicanos de sangre blanca.

Los *hacendados* ó dueños de los campos vecinos, que, aunque los más ricos en posición y dinero, eran los más sencillos en sus trajes.

Muchos de los caballeros entre ellos llevaban una chaqueta redonda de paño oscuro, ó levitas cortas iguales al pantalón; otros imitaban perfectamente el último figurín de París, con vistosas botas de cuero y característico sombrero de copa.

La parte femenina de la reunión no ofrecía tanta variedad en sus trajes, á pesar de haber estilos muy diferentes.

En ellas como ellos, las muchachas de la clase media y aun inferior, vestían mejor que las de clase más elevada.

Las faldas cortas adornadas con vistosas bandas, con sus camisas bordadas, sin mangas, y sus medias terminadas en un pequeño pié calzado con zapatitos de raso, les daba una oportunidad de lucir sus anillos, que no tenían las grandes señoras que habían, por supuesto, adoptado la moda de Europa. Pero ni aun entre éstas el horrible sombrero se veía, ni uno siquiera.

Muchas llevaban una especie de chal de seda puesto en la cabeza en vez de tenerle en sus hombros. No pocas tenían el más precioso adorno de la mujer, la *mantilla*, con su alto páme de concha en el centro de la cabeza y su gracioso velo de blanda cayado sobre sus hermosos cabellos negros.

Ninguno de estos trajes era nuevo para mí, y no era por verlos por lo que yo los miraba tan numerosamente.

Había otra clase de vestido que yo deseaba ver traje usado únicamente por una raza distinta á quien allí llamaban algunas veces desdenosamente *la gente sin razon*.

Y por cierto que no eschecaban, pues había cientos de ellos, que, como de costumbre, hacen un aparte, no se mezclan con los descendientes de los conquistadores, sean de pura sangre ó mezclada con la suya.

Nada más sencillo y de ménos pretensiones que el traje comun usado por los indios, y bien parecido al que gastaban sus antecesoros cuando su país se llamaba Anahuac.

Una chaqueta sin mangas, la *tlina*, en forma de saco con agujero al extremo por donde pasan la cabeza, y otros dos en los lados para los brazos. Esto con un par de calzones cortos y anchos de calicó ó de badana, un sombrero de paja doblado en la cabeza, un par de sandalias llamadas por ellos *guaraches*, completan el traje del indio moderno de Aztec.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

# SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

Como de costumbre, nuestro primer cuidado al siguiente día fué el de buscar los lugares más á propósito para nuestras representaciones.

Encontramos un gran número de ellos, pues no faltan pascos en Tolosa, sobre todo en la parte de la ciudad cercana al Jardín de Plantas; existe allí una hermosa pradera sombreada por árboles magníficos, y á la que vienen á desembocar varias calles llamadas alamedas. En una de éstas nos instalamos, y

desde las primeras representaciones tuvimos una gran concurrencia.

Desgraciadamente, el guardia municipal que vigilaba aquella alameda vió con disgusto nuestra instalación, y ya fuera porque no le gustasen los perros, ya porque le causaríamos algun trastorno en su servicio, ya por otra causa, es lo cierto que nos obligó á dejar aquel ameno sitio.

Acaso en nuestro lugar hubiera sido prudente ce-



iban los niños á dar palmaditas á *Cops* y á *Joli-Coeur*.

der en aquella mala pasada, pues la lucha entre pobres saltibancuís como nosotros y la policía, no se verificaba con armas iguales; pero á causa de una situación de espíritu que no era habitual en mi amo, generalmente pacífico, procedió de otra manera.

Aunque no fuese más que un exhibidor de perros amestrados, pobre y viejo—por lo ménos en aquel momento—tenía grandeza de ánimo, y lo que él llama el sentimiento de su derecho, es decir, según luego me explicó, la convicción de que debía ser protegido mientras no hiciese nada contra las leyes y reglamentos vigentes.

Así, pues, cuando el guardia quiso expulsarnos de la alameda se negó á obedecerle.

Siempre que mi amo trataba de no dejarse llevar

de la ira, tenía por costumbre exagerar su finura italiana; en estos casos y al oír su manera de expresarse, se creía que hablaba con importantes personajes.

—El muy digno representante de la autoridad—decía contestando al agente y con el sombrero en la mano—¿puede enseñarme un reglamento dictado por aquella autoridad y según el cual esté prohibido á infimos actores como nosotros ejercer su mísera industria en este sitio público?

El agente respondió que no tenía que discutir sino obedecer.

—Es cierta—replicó Vitalis—y así lo reconozco; pero también os prometo obedecer vuestras órdenes en el instante mismo en que me hayáis hecho saber en virtud de qué reglamento me las dais.

Aquel día nos volvió la espalda el guardia mientras mi amo le saludaba respetuosamente haciendo mil afectadas cortesías.

Pero al día siguiente volvió, y saltando por encima de las cuerdas que formaban el recinto de nuestro teatro, se plantó en medio de él precisamente en una situación culminante del espectáculo.

—Es preciso que pongais bozal á vuestros perros—dijo duramente á Vitalis.

—¿Poner un bozal á mis perros!

—Hay un reglamento de policía que lo dispone así; ya debéis conocerle.

Estábase representando el *Enfermo purgado*, y como era la primera representación de esta comedia en Toulouse, el interés del público crecía por momentos.

La intervención del agente provocó gritos y reclamaciones.

—¡No interrumpáis!

—Dejad que acabe la representación.

Con un ademán pidió y obtuvo Vitalis el silencio.

Entonces, quitándose su sombrero de fieltro, cuyas plumas barrieron la arena, tan profundo fué el saludo, se aproximó al agente haciendo tres grandes reverencias.

—¿Ha dicho el dignísimo representante de la autoridad que debo poner un bozal á mis actores?—preguntó.

—Si lo he dicho, y ya debía estar hecho.

—¿Poner un bozal á *Capi*, á *Zerbino* y á *Dolce*!—dirigiéndose más al público que al agente—; pero vuestra señoría no ha meditado bien sus palabras! ¿De qué manera el sabio médico *Capi*, cuya fama es universal podrá administrar sus medicamentos al paciente si este lleva un bozal en la punta del hocico? Permitidme, señor, os haga observar que para alcanzar el efecto deseado debe entrar la medicina por la boca. El doctor *Capi* jamás se hubiera permitido indicar otro conducto ante tan respetable público como éste.

Estrepitosas carcajadas acogieron la última frase de mi amo.

Era evidente que el público aprobaba á Vitalis burlándose del agente, y sobre todo se divertía con las muecas de *Jofi-Cœur*, que se había colocado detrás del representante de la autoridad haciendo visajes á su espalda, cruzándose de brazos como él, poniéndose en jarras y echando hácia atrás la cabeza con tales gestos y contorsiones que excitaban la hilaridad general.

Irritado por el discurso de Vitalis, y exasperado por las risas del público, el agente municipal, que no era sin duda hombre sufrido, volvió bruscamente la espalda.

Pero al marcharse descubrió al mano, que estaba con la mano en la cadera en actitud de fanfarrón; durante algunos segundos permanecieron el hombre y el animal, uno enfrente de otro, mirándose como para ver cuál sería el primero que bajase la vista.

Las carcajadas ruidosas y nutridas que entonces estallaron pusieron fin á la escena.

—Si mañana no tienen bozal los perros—gritó el

agente amenazándonos con sus puños—os llevaré ante el juez; no digo más.

—Hasta mañana, señor—dijo Vitalis—hasta mañana.

Y mientras el agente se marchaba á paso largo, continuó Vitalis inclinado en actitud respetuosa; después siguió la representación.

Creí que mi amo se apresuraría á comprar bozales para nuestros perros; pero no hizo nada y transcurrió la noche sin que hablase ni una palabra acerca de su altercado con el agente de policía.

No sabiendo lo que pensaba hacer, me decidí á hablarle del asunto.

—Si queréis que *Capi* no rompa su bozal mañana durante la representación, me parece que sería conveniente ponersele ántes. Teniendo cuidado se le podría acostumbrar.

—Pero ¿crees que voy á ponerle ese enrejado de hierro?

—¿Diantre! Sospecho que el agente de policía piensa daros algun disgusto.

—Tranquilízate, yo me arreglaré mañana de modo que el agente no nos lleve al tribunal, y al mismo tiempo que mis discípulos no estén incómodos. Además es conveniente que el público se divierta un poco. El guardia municipal nos procurará una buena ganancia; sin quererlo desempeñará un papel muy gracioso en la pieza que le preparo; esto dará variedad á nuestro repertorio y no tendrá más consecuencias. Para lograr mi propósito irás mañana tú solo con *Jofi-Cœur* á la alameda; colocarás las cuerdas, tocarás algunas piezas en el arpa y cuando hayas reunido bastante público y llegue el agente, yo haré mi entrada con los perros. Entonces empezará la comedia.

No sé por qué me figuraba que aquello no podía tener buen fin.

Me desagradaba ir solo á preparar nuestra representación; pero yo conocía bastante á mi amo para saber cuando podía desobedecerle, pues bien era evidente que en aquellas circunstancias no tenía ninguna probabilidad de hacerle abandonar la idea del espectáculo con cuyo éxito contaba; por consiguiente me dispuse á obedecer.

Al otro día por la mañana fui al sitio acostumbrado y coloqué las cuerdas.

En cuanto hubo ejecutado algunos compases, empezó á llegar gente por todas partes y á colocarse en torno del recinto que había trazado.

En los últimos meses, y sobre todo mientras permanecimos en Pau, quiso mi amo que me ejercitase en el arpa, y ya tocaba algunos trozos que me había enseñado. Entre otros, sabía una *canzonetta* napolitana que cantaba acompañándome, y que siempre me valía los aplausos de la concurrencia.

Ya tenía más puntas y ribetes de artista, y estaba dispuesto á creer que gran parte de los triunfos de nuestra compañía eran debidos á mí; sin embargo, aquel día tuve bastante insensatez para comprender que no era por oír mi *canzonetta* por lo que el público se agolpaba junto á las cuerdas.

Los que asistieron la víspera á la escena con el agente de policía estaban allí, acompañados por varios amí-

gos suyos. En Tolosa no tienen grandes simpatías los guardias municipales, y todo el mundo tenía curiosidad por saber como saldría de la empresa el viejo italiano. Aunque Vitalis no había pronunciado más palabras que éstas: «Hasta mañana, señor», no fué difícil conocer que aquella cita propuesta y aceptada era el anuncio de una gran representación de la que

surgirian ocasiones de reir y divertirse á costa del áspero y torpe agente.

Así se explicaba el apresuramiento del público.

Cuando me vieron solo con *Joli-Cœur*, más de un espectador impaciente me interrumpió para preguntarme si llegaría el italiano.

—No tardará en venir.



Os prohíbo tocar á este niño, dijo Vitalis, lo que habéis hecho es una cobardía.

Y continué mi *canzonetta*.

Antes que mi amo, llegó el agente de policía; *Joli-Cœur* fué el primero que le vió, y al punto, poniéndose la mano en la cadera y echando la cabeza atrás, comenzó á pasear de arriba abajo, tieso, espetado y con el aspecto más ridículo.

El público prorumpió en carcajadas aplaudiendo con frenesí.

El agente quedó desconcertado, dirigiéndome furiosas miradas.

Al verle redobló la hilaridad de la concurrencia.

A mí también me retozaba la risa, pero no estaba completamente tranquilo. ¿Como acabaría todo aquello? Cuando Vitalis estaba allí, él respondía al agente. Pero yo me encontraba solo y, lo confieso, no sabía como salir del apuro si el agente me interpelase.

El aspecto de éste no era tranquilizador; estaba verdaderamente furioso y exasperado por la ira.

Se paseaba al lado de las cuerdas, y cuando se acercaba á mí, tenía una manera de mirarme que me hacía temer un triste desenlace.

*Joli-Cœur*, que no comprendía la gravedad de la situación, se divertía con la actitud del agente. Como él se paseaba junto á las cuerdas pero por dentro del circuito, y cuando pasaba por mi lado me miraba á su vez por encima del hombro, poniendo una cara tan expresiva que al verle redoblaban las carcajadas del público.

No queriendo extremar la exasperación del agente, llamo á *Joli-Cœur*; pero éste no se hallaba dispuesto á la obediencia, y divirtiéndose con aquel juego continuó su paseo corriendo y escapándose de mis manos siempre que trataba de cogerle.

Ignoro cómo sucedió, pero el agente, á quien cegaba la codicia, creyó que yo excitaba al mono y pasó por encima de la cuerda.

En dos saltos estuvo á mi lado, y de una bofetada me tiró al suelo.

Cuando pude levantarme y abrir los ojos, vi á Vitalis entre mí y al agente, á quien tenía sujeto por la muñeca.

—Os prohibo pegar á este niño, dijo, lo que habeis hecho es una cobardía.

Quiso el agente desprender la mano; pero Vitalis apretó la suya.

Durante algunos segundos se miraron fijamente los dos hombres.

El agente estaba loco de furor.

Mi amo estaba hermoso, tenía alta su hermosa cabeza rodeada de blancos cabellos y su rostro expresaba la indignación y el mando.

Creí que al ver su actitud quedaría el agente confundido, mas no fué así; con un movimiento vigoroso separó su mano, cogió á mi amo por el cuello empujándole hácia delante con la mayor brutalidad.

Irguióse Vitalis indignado, y levantando el brazo derecho golpeó al agente para desprenderse de él.

—¿Qué queréis de nosotros?—preguntó Vitalis.

—Quiero deteneros; seguidme á la prevención.

—Para conseguir vuestro propósito no necesitabais pegar á este niño—respondió Vitalis.

—Ni una palabra más; seguidme!

Vitalis había recobrado su sangre fría; no replicó pero volviéndose hácia mí, me dijo:

Vuelve á la posada, sigue en ella con los perros hasta que yo te comuniqué noticias acerca de mí.

No pudo decir más porque el agente le arrastró consigo.

De este modo terminó aquella representación que mi amo se propuso fuera muy divertida y que acabó de tan triste manera.

El primer impulso de los perros fué el de seguir á su amo, pero Vitalis les mandó que se quedasen á mi lado, y como estaban acostumbrados á obedecer, cumplieron fielmente la orden. Entonces pude observar que llevaban bozales; pero en lugar de tener el hocico preso en un varejado de hierro ó en una rod de alambre, tenían solamente un cordón de seda con borlas

para sujetar la boca; como *Capi* tenía el pelo blanco, su cordón era rojo; á *Zerbino*, que era negro, le había puesto el cordón blanco, y el de *Dolce*, de color gris, era azul. Erán, pues, bozales de teatro.

El público se dispersó en seguida; tan sólo algunas personas continuaron en sus puestos discutiendo sobre lo que acababa de suceder.

—Tiene razón el viejo.

—No la tiene.

—¿Por qué ha pegado el agente al niño que nada le había hecho.

—Mal negocio; el viejo irá á la cárcel si el agente prueba que le ha resistido.

Volví á la posada inquieto y afligido.

Había pasado el tiempo en que Vitalis me inspiraba miedo.

Verdad es que aquel tiempo no duró más que algunas horas, y rápidamente me sentí figado á él por un afecto entrañable que de día en día iba en aumento. Hacíamos la misma vida, siempre juntos, desde por la mañana hasta la tarde y muchas veces durante la noche cuando compartíamos para dormir el mismo haz de paja. Un padre no tiene más cuidados para su hijo que los que él me prodigaba. Habíame enseñado á leer, á cantar, á escribir y las cuentas. En nuestras largas marchas complexaba todo el tiempo dándome lecciones, ya de una cosa ya de otra, segun se las sugieran las circunstancias ó la casualidad. En los días de mucho frío repartié conmigo sus mantas, y cuando hacía mucho calor me ayudaba á llevar el peso del equipaje y demás objetos con que yo iba cargado. En la mesa, ó mejor dicho, en nuestras comidas, pues pocas veces las hacíamos á mantos, nunca me dejaba el peor trozo de las viandas, reservándose el mejor; por el contrario, dividía conmigo lo bueno y lo malo. Es verdad que algunas veces me daba tiras de orejes ó una puntera; pero aquellas pequeñas correcciones no me hacían olvidar sus cuidados, sus frases de cariño y todas las pruebas de ternura que me había dado desde que estábamos juntos. Él me quería y yo le quería á él.

¡Cómo no había de entristecerme aquella separación!

¿Cuándo volveríamos á vernos?

Había oído hablar de cárcel.

¿Cuánto tiempo duraría su estancia en ella?

¿Qué haría yo durante aquel tiempo? ¿De qué viviría?

Acostumbraba mi amo llevar consigo todo su dinero y no pudo dármele antes de que le detuviera el agente.

Yo no tenía en mi bolsillo más que algunos céntimos; ¿serían suficientes para alimentarnos todos, *Joli-Cœur*, los perros y yo?

Dos días pasé en tan angustioso estado sin atreverme á salir del patio de la posada, ocupándome de *Joli-Cœur* y de los perros, los cuales estaban inquietos y muy tristes.

Al tercer día me llevó un hombre una carta de Vitalis.

Decíame en ella que le tenían detenido hasta el sábado siguiente en que sería llevado ante el tribunal.



correcional por el delito de desobediencia á la autoridad que representaba el agente, y por haberse lanzado á las de hecho en la persona de aquél.

Al dejarme arrastrar por la colera, añadía, he cometido una torpeza que podrá costarme cara. Debes asistir á la vista de la causa y te servirá de lección.

Agregaba algunos consejos sobre lo que yo debía hacer, y terminaba enviándome un abrazo extensivo á *Capí, Joli-Cœur, Dolce, y Zerbiuo.*

Mientras leía la carta, estaba *Capí* entre mis

piernas pasando su nariz por el papel, soplando y moviendo la cola de tal modo que bien claramente significaba conocer, por el olor, que aquel papel había pasado por las manos de su amo; en los tres días fué aquella la primera vez en que manifestó animación y alegría.

Adquirí noticias y supe que la vista de la causa empezaba á las diez. El sábado á las nueve me coloqué en la puerta, y de este modo pude entrar el primero en la sala. Llenóse ésta poco á poco y reconoci



Vitalis en la cárcel.

á varias personas que habían presenciado la escena con el agente.

Iguoraba yo lo que eran tribunales de justicia, pero los tenía miso por instinto, parecíame que ya se tratase de mi amo ó de mí, estaba en peligro.

Antes de juzgar á mi amo comparecieron muchos individuos que habían robado, que habían reñido, todos los cuales decían que eran inocentes y todos los cuales fueron condenados. Por último, se sentó Vitalis, colocólo entre dos *gendarmes* en el mismo banco que los acusados.

No sé lo que le preguntaron, ni lo que le dijeron, ni lo que respondió al principio. Estaba muy conmovido y no podía oír, ó por lo ménos comprender lo que oía. Además, no me ocupaba en oír, sino en mirar. Contemplaba á mi amo, que estaba de pie con sus blancos y abundantes cabellos echados atrás en la actitud de un hombre avergozado y triste; también examiné con atención al juez que le interrogaba.

—¿Reconocéis—dijo—haber dado golpes al agente que os detenía?

—No han sido varios golpes, señor presidente, sino uno solo y para librarme del apretón que me daba; cuando llegué al sitio en que debía verificarse nuestra representación, vi que el agente se permitía dar bofetadas al niño que me acompañaba.

—¿Ese niño no es hijo vuestro?

—No, señor presidente; pero le quiero como si lo fuera. Cuando vi que le pegaba, me dejé llevar por la colera, y cogiendo con viveza la mano del agente, traté de impedir que siguiera golpeándole.

—¿Pero vos habeis pegado al agente?

—Cuando éste me puso la mano en el cuello, olvidé quién era el hombre que se lanzaba contra mí, ó mejor dicho, no vi más que un hombre en lugar de ver un agente, y por un movimiento instintivo, involuntario, contesté á su agresión.

—Á vuestra edad debíais haber contenido vuestra colera.

—Nadie debe dejarse llevar por la ira; desgraciadamente no se hace siempre lo que se debe, y hoy lo lamento.

—Vamos á oír al agente.

Éste refirió los hechos tal y conforme habían pasado; pero insistió en que fué objeto de burlas por su voz, por sus gestos, y por el golpe que había recibido.

Mientras que el agente declaraba, en vez de escuchar Vitalis con atención, examinaba la concurrencia. Indudablemente quería ver si yo estaba allí. Entónces abandoné mi escondite, y deslizándome entre jos curiosos, llegué á la primera fila.

Cuando me vió, iluminóse su triste rostro; comprendí que era feliz al reconocermé, y á pesar mío, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Es eso todo lo que tenéis que decir para defenderos?—preguntó el presidente.

—En cuanto á mí nada tengo que añadir, mas respecto del niño á quien tanto quiero, y que va á quedarse solo, reclamo la indulgencia del tribunal, y le ruego que nos tenga separados el menor tiempo posible.

Creía que pondrían á mi amo en libertad. Pero no fué así.

Otro magistrado habló durante algunos minutos, y el presidente dijo luégo con voz grave que el llamado

Vitalis, convicto de haber procedido á vias de hecho contra un agente de la autoridad, era condenado á dos meses de cárcel y una multa de cien francos.

¡Dos meses de cárcel!

Á través de mis lágrimas vi abrirse la puerta por la que salió Vitalis; siguió éste á un gendarme y luego se cerraron las pesadas hojas de madera.

¡Dos meses de separación!

¿Á dónde ir?

## CAPÍTULO XI.

### EMBARCADO.

Cuando volví á la posada, con el corazón acongojado y los ojos llenos de lágrimas, encontré en la puerta del patio al posadero, el cual me miró atentamente.

Iba á pasar para reunirme con los perros y miativo.



Es preciso que te vayas de aquí.

—¿Y tu amo?

—Ha sido condenado.

—¿Á qué?

—Á dos meses de cárcel.

—¿Qué multa le han impuesto?

—Cien francos.

—¡Dos meses, cien francos!—repetió dos ó tres veces.

Quise seguir mi camino; pero me detuvo nuevamente.

—¿Qué vas á hacer durante esos dos meses?

—Lo ignoro, señor.

—¡Ah! Lo ignoras. ¿Tendrás dinero para vivir y para alimentar tus animales?

—No, señor.

—¿Cuentas conmigo para alojarte?

—¡Oh! no, señor; no cuento con nadie.

Y era verdad, con nadie podía contar.

—Tienes razon, hijo mio—continuó el posadero—tu amo me debe ya mucho y no puedo fiarte durante dos meses sin saber si llegaré á recobrar lo que anticipé. Es preciso que te vayas de aquí.

—¡Irme! ¿pero á donde quereis que vaya, señor?

—Eso no me importa, ni eso es asunto mio; ni soy tu padre ni tampoco tu amo. ¿Por qué razon quieres que te tenga en mi casa?

Quedé aturrido y no supe qué contestar. Aquel hombre tenía razon. ¿Por qué habia de alojarme en su casa? Yo no era para él más que un estorbo.

—Ea, hijo mio, toma tus perros y tu mono y lár-

gute; pero me dejarás el zurrón de tu amo. Cuando salga de la cárcel vendré á buscarle, y entonces ajustaremos cuentas.

Aquellas palabras me sugirieron una idea, y oí haber encontrado el medio de permanecer en la posada.

—Puesto que estais seguro de ajustar vuestras cuentas, quedeme hasta entonces y agregareis mis gastos á los de mi amo.

—¿De veras, hijo mio? Tu amo podrá pagarme fácilmente algunos dias; pero dos meses ya es otra cosa.

—Comeré todo lo ménos que pueda.

—¿Y tus animales? ; No, véto, es preciso que te marches! Puedes trabajar y recoger todo el dinero que quieras en los pueblos.

—Pero, señor, ¿dónde quereis que me encuentre mi amo cuando salga de la cárcel? Seguramente vendrá á buscarme á esta posada.

—Pues bien, haz por estar aqui ese dia; hasta entonces recorre estas cercanias y los establecimientos de baños. En Bagnères, en Caunterets y en Luz ganarás dinero.

—¿Y si me escribe mi amo?

—Te guardaré la carta.

—Pero... ¿y si no le contesto?

(Se continuará.)

# INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

## AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

—¿Pertenece á Portugal?

—Sí. El terreno de esas islas es arenisco y calcáreo, de procedencia volcánica, y sinovamente estéril; la falta de lluvias y los ardores del sol endurecen tanto las tierras, que las hacen impenetrables al arado; por lo cual la agricultura se encuentra en la más deplorable situación. Los indígenas se mantienen con arroz, maíz y miel; el poco trigo que se consume en el país es importado de América. Las tierras que se cultivan solo producen algunas vides desmembradas, tabaco y caña de azúcar; el añil y el algodón se reproducen casi sin cultivo. Carecen por lo común las islas de este archipiélago de grandes lagos; solo algunos grupos de palmeras y tamarindos, diseminados á grandes distancias, dominan en ellas. En los valles y en las cejas de los montes se cría algun ganado; en los primeros, especialmente, abundan las tortugas, de las que se extrae gran cantidad de aceite. El principal artículo de comercio es la sal, de que hay grandes criaderos en Bonavista y otros puntos; las embarcaciones que se dirigen al Brasil y á las Indias orientales suelen recalar en estas islas para abastecerse de ciertos artículos y....

Un terrible juramento brotó de los labios del capitán; Clotilde le miró asombrada; conocióle desde niña y nunca le había oído proferir una palabra mal sonante.

¿Qué sucedía? ¿por qué Félix Ballesta suspendió el hilo de su pequeño discurso y prorumpió en aquel estrepitoso juramento?

Es que había dirigido impensadamente sus inquietas miradas hacía el lugar del horizonte en que aparecieron los buques anunciados por el serviola, y hubo de advertir, con más coño que sorpresa, que ninguno de los dos se encontraba ya á la vista.

Félix Ballesta permaneció algunos instantes pensativo. De repente exclamó en voz alta, como si respondiera á su propio pensamiento:

—Sí, sí; no hay ya lugar á duda alguna. ¿Me sigues y me espías! ¿Qué otra cosa, si no, demuestra la repentina evolucion de presentarse á mi vista para desaparecer luego, casi instantáneamente?

### II.

Pasaron algunos dias sin que acaeciera accidente alguno que merezca el honor de ser contado.

Eran las altas horas de la noche: el cielo ostentábase despejado; sobre su fondo oscuro innumerables estrellas destacaban su vivo centelleo; las ondas del mar Atlántico, ligeramente rizadas por la brisa, ba-

tían con acompasado vaiven, en la línea de flotacion, los costados del *Baltasar Ballesta*.

Profundo silencio reinaba á bordo; ménos el cuarto de guardia, todos los tripulantes del buque dormían á pierna suelta, como es uso vulgar decir....

Rendido por muchas noches de insomnio, el capitán Ballesta, cediendo á somnolencia invencible, reposaba tranquilamente en brazos de Morfeo. Aunque agitado, su sueño era profundo; ya hacía tres ó más horas que se hallaba entregado á él, cuando de improviso hicieronle despertar dos robustas manos que le sacudían bruscamente....

—¿Quién va?—exclamó don Félix, incorporándose en el lecho.

Una especie de gruñido gutural é incomprendible respondió á su pregunta; al mismo tiempo sintió que le cogían del brazo como para hacerle abandonar la cama.

—¡Ah! es *Maese Pedro*.... ¿Qué significa?—baltuceó el capitán.

Un insólito ruido que resonaba sobre su cabeza, del cual no se había dado cuenta antes, llamó en aquel momento su atención. Encima del puente oíase ir y venir con apresuramiento la gente de á bordo; gritos y descompuestas frases se escuchaban tambien de vez en cuando....

El orangutan entre tanto pagaba por arrastrar en pos de sí al capitán. Éste, desasiéndose de él, exclamó:

—Espera, espera un poco....

Y vistiéndose rápidamente, cogió después de su cintura un revólver, empuñó otro en la diestra, y abalanzóse á la escalerilla de la cámara, seguido de *Maese Pedro*.

### III.

Como una hora despues bajaban á la cámara dos hombres: eran el capitán y el contramaestre *Borrasca*.

Detívose el primero ante una mesa cubierta de un riquísimo tapete, y apoyando en ella la siniestra mano, que crispaban nerviosas contracciones, frunciendo el entrecejo y fija la mirada, se quedó suspendo unos instantes en el mundo de ideas que ocupaban su imaginacion.... Su aspecto era grave é imponente; hacia algun tiempo que se había dejado crecer toda la barba, y esto daba á su fisonomía mayor entereza y un gran carácter de respetabilidad.

Á dos pasos detras de él, guardando las debidas consideraciones á su jefe, se detuvo tambien *Borras-*

er, cruzándose de brazos y dirigiendo á don Félix una mirada de cariñosa adhesión y comiseraivos afeanes.

Era el primer contra maestre, á pesar de su rufa corteza, un hombre franco y leal como pocos; en medio de su enroscada «bellera y su inculta barba, pues á imitación de su capitán la había dejado crecer á su antojo, mostrábase el más honrado y bonachón de los semblantes.

Trascurrieron algunos segundos; de repente volvióse don Félix hacia su subordinado, y haciéndolo una seña, encerróse con él en su camarote.

Largo espacio de tiempo permanecieron juntos aquellos dos hombres. ¿Qué objeto tenía su misteriosa conferencia? Dilucidar en cuanto fuera posible el extraño é incomprensible suceso, que algunos momentos antes había tenido lugar á bordo de la goleta.

Pero ¿qué suceso era aquél? En cuanto de mí dependa procuraré satisfacer tu curiosidad, lector amigo.

Es el caso que como á las ocho de la noche, según los cálculos del capitán y de sus oficiales, el *Baltasar Ballesta* debía encontrarse á la hora citada á la altura de las islas de Cabo-Verde, sesenta millas á barlovento. El vapor hacía diez por hora, y como ántes he dicho, la noche era apacible aunque oscura, porque el satélite de la tierra se hallaba entónces en su primer cuarto.

Á las doce hizose á bordo el relevo del cuarto de guardia. El timonel entrante asió la rueda del gobernal, consultó la brújula de la bitácora y siguió manteniendo el buque en el rumbo que le había marcado el timonel á quien acababa de sustituir.

El oficial de cuarto, que era el contra maestre *Borrasca*, aseguróse de que todo marchaba bien, á medida del deseo, como vulgarmente se dice, rellenó despues de tabaco su negra pipa, que estaba siempre pendiente de sus labios, y empezó á pasear por el puente, de popa á proa y viceversa, mientras que con sin igual delicia aspiraba repetidas veces por el largo tubo de su pipa sendas bocanadas de aromático humo.

El tiempo entró tanto trascurría con el acompasado movimiento de costumbre, ni más lento ni más precipitado que en otras ocasiones, si bien á los miserós mortales figurásemos, en especiales circunstancias, que camina con inmensa parsimonia ó corre con desdentada celeridad.

Dos horas hacia que *Borrasca* proseguía incansable su paseo solitario, cuando en una de sus vueltas, cerca de proa, parecióle oír á corta distancia ese ruido especial que producen las rompientes del oleaje sobre las rocas vivas.

Poseído de inquietud, detúvose un instante y escuchó atentamente..... Su experto oído no le engañaba. Corrió á los flechastes de trinquete, ascendió por ellos con gran rapidez, y al llegar á las crucetas del mastelero de gavia su terror no tuvo límites al contemplar el siniestro espectáculo que se presentaba ante él.

Como á tres ó cuatro cables de distancia, por la proa del *Baltasar Ballesta*, levantábanse, iluminadas por la luz eléctrica del buque, multitud de negras rocas y escollos, que de vez en cuando llenaban de blancas espumas las olas que rompían en su accidentada superficie.

La goleta corría á estrellarse sobre aquellas sirias peligrosas; algunos minutos más, y no habría salvación posible.

*Borrasca*, tambaleándose, loco de espanto, bajó al puente y corrió á la casilla del timonel.

¿Se habría éste dormido y abandonado el gobernal?

Pero no, el timonel estaba en su puesto: el rumbo era el mismo que se seguía desde aquella mañana, al S. O.; no se había variado en un ápice; así lo demostraba la aguja de la bitácora.

¿Qué misterioso enigma era aquél?

El experto contra maestre no intentó por entónces averiguarlo..... Reclamaba preferente atención el peligro que sobre el buque y los hombres que le tripulaban se cernía.

*Borrasca* hizo resonar su pito; todos los marineros que estaban de cuarto acudieron á la maniobra. El vapor caminaba sólo con la máquina; para auxiliar su cambio de rumbo, mandó el contra maestre izar los tres focos y orientarlos al viento, mientras él, aferrado á la rueda del timon, con la vista clavada en la brújula, voltéaba aquélla para hacer virar de bordo al *Baltasar Ballesta*.

Fuéron instantes de terrible ansiedad los que pasó el valiente marino. De su ancho pecho, al fin, exhalóse hondo suspiro de satisfacción; veía que la aguja imantada señalaba al O., por lo cual la goleta volvía en aquel momento la popa á los escollos en que se hubieran hecho pedazos, si algunos minutos más tardé diérase á conocer el peligro.

#### IV.

*Maese Pedro* dormía como un bendito en el rancho de proa; pero hacíalo siempre con un ojo abierto, según es costumbre decir de aquellos á quienes el más insignificante ruido despierta.

Ante la batahola y el estrepido que ocasionaron á bordo las maniobras que fué necesario ejecutar, y los gritos y vociferaciones de los que mas se impresionaron, *Maese Pedro* saltó de su petate, y sujetándose el taparrabo, única prenda de vestir que usaba, dióse á recorrer el puente y á meterse por todos lados, con el fin de enterarse y comprender qué era lo que en la embarcacion sucedía.

¿Logró el orangután darse cuenta de lo que pasaba?

Lo ignoro, amigo lector; sólo puedo decirte que trascurridos apenas dos minutos, el digno *Maese Pedro* echóse á correr á cuatro manos, sin duda para ir más deprisa, y en tres saltos se plantó en la cámara, introdujose despues en el camarote de su amo, y dióse á desportar á éste, sacudiéndole al efecto con cuanto vigor podía.

De lo que aconteció más tarde ya he dado cuenta. Apenas el contra maestre *Borrasca* abandonó la cámara, despues de haber conferenciado detenidamente con el capitán, éste dirigióse al camarote que estaba enfrente del suyo; era el de su esposa. Abrió la puerta procurando no hacer ruido, y al penetrar en el interior detúvose admirado, porque Clotilde, compl-

tamente vestida, le recibió echándole los brazos al cuello.

—¿Qué es eso? ¿no te has acostado esta noche?— le preguntó Félix Ballesta.

—Ciertamente que sí.

—¿Cómo, pues, estás vestida?

—Sentí extraordinario tumulto sobre cubierta; vestíme aceleradamente, y en pos tuya abandoné la cámara.... Te he seguido por todos lados hasta el momento en que bajaste con el contramaestre....

—¡Pobre Clotilde mía!

—Quería estar cerca de tí.... ¡y auxiliarte, defenderte y dar mi vida por la tuya si era preciso!

—¿A tanto llegarías?

—¿Qué duda tiene? ¿Ignoras, por ventura, que el amor puede convertir en heroínas á la más tímida y epocada de las mujeres?

—¿Cómo te determinaste, esposa mía, en medio de la oscuridad de la noche, y del movimiento que reinaba á bordo, á subir sobre cubierta?

—Y seguirte á todas partes, ó interponerme si tu existencia corría algún peligro, entre tu persona y el daño que te amenazase.... Además, iba acompañada.

—¿Acompañada?

—Sí tal, de un fiel servidor. Mírale.

Y apenas acabó de pronunciar esta palabra, las fuertes manos de *Urdemalas* apoyáronse de súbito en el pecho del capitán, mientras que de sus anchas faldas se escapaban alegres murmullos, y movía sin interrupción su empinada cola.

Félix Ballesta acarició con la mano la hermosa cabeza del perro. Clotilde continuó diciendo:

—Por lo que he comprendido despues, mientras *Maese Pedro* procuraba despertarte, *Urdemalas* huía lo propio conmigo....

—¡Ah!—exclamó entónces el sobrino de M. Crósbow.—¡Muchos animales poseen mayor inteligencia de la que el hombre, en su insensato orgullo, les concede! Por lo demás, esposa mía, la Providencia ¡casi es necesario creerlo así! ha velado por nosotros esta noche.

Y el capitán Ballesta, atrayendo sobre su corazón á la doncella algevíreña, estampó en su frente de niña un gloriosísimo ósculo.

#### CAPÍTULO XIV.

EL CONSEJO DE OFICIALES.—PERTURBACIONES DE LA AGUA IMANTADA.—NOVÍSIMA TEORÍA DEL DOCTOR POEY.

##### I.

A la mañana siguiente, que por cierto apareció velada entre intensa acumulación de vapores, que se extendían al E. en un espacio de más de 90°, hallábase á cosa de las diez, reunida en la gran cámara del *Baltasar Ballesta*, la plana mayor, permitásenos la frase, de los expedicionarios.

Congregada estaba allí por D. Félix, y componíanla, además del jefe, de los siguientes individuos: don Francisco Poey, agregado á la expedición por razones que se explicarán más adelante; D. Raimundo Mastorrell, nacido en Palma de Mallorca, ex-

lente marinero y segundo á bordo de la goleta; Dionisio Alvarez, cartagenero, jóven de diez y nueve años, que hasta entónces habia navegado como tercer piloto en la corbeta *Algeciras*; el contramaestre *Borrasca*, y D. Diego Salinas, capitán á la sazón del segundo de los buques expedicionarios, en el cual, como recordará el lector, desempeñaba ántes el cargo de piloto.

Aquella reunion tenía por objeto tratar en consejo de oficiales, del misterioso accidente ocurrido la noche anterior, del que, por un azar del acaso, no fueron víctimas los tripulantes del *Baltasar Ballesta*.

Sentados al redor de una gran mesa, que en el centro de la lujosa cámara se veía, esperaban los congregados en silencio, á que su jefe hiciera uso de la palabra.

Don Félix, despues de ojear atentamente algunos plegos escritos que tenía delante de sí, exclamó de esta manera:

—Conocéis perfectamente, amigos míos, la causa que nos congrega aquí. Sin embargo, bueno será recordar los detalles observados y lo que se desprende de las declaraciones recibidas que constan en el legajo que á la vista tenemos. Al entrar ayer de guardia, á las seis de la tarde, con su cuarto respectivo, el tercer piloto, Dionisio Alvarez, navegaba nuestra goleta con mar bonancible y brisa fresca del N. E.; buque rumbo al S. O., y caminaba á razon de 15 millas por hora. Segun las observaciones practicadas á mediodía por el señor Poey, don Raimundo y yo, la situación del buque era la siguiente: 13° 55' de latitud N. y 10° 30' de longitud O., á la altura del archipiélago de Cabo-Verde, y como á 60 millas de sus más avanzados islotes. ¿No es esto, amigos míos?

—Ciertamente, ciertamente—se apresuró á decir el doctor.

Don Raimundo contentóse con inclinar la cabeza en señal de asentimiento. El capitán continuó en el uso de la palabra:

—Ahora bien, ¿por qué inconcebible accidente, no mediando error alguno en la situación del buque ni en su estima (1), teniendo éste á barlovento las islas de Cabo-Verde á más de 60 millas de distancia, advirtió el contramaestre *Borrasca*, en altas horas de la noche, que corrimos á estrellarnos sobre los primeros escollos y arrecifes del archipiélago á que hago referencia? Los timonales que desde las seis de la tarde sucediéronse en la dirección de la goleta, declaran que siguieron constantemente el rumbo que se les dejaba trazado, que éste era al S. O., y que la aguja imantada, la línea de fe (2), y el rumbo indicado estuvieron siempre en exacta correspondencia. Esto mismo declara el oficial de guardia, Alvarez, aquí presente.

—Así es la verdad—exclamó el aludido.

—Nuestro contramaestre á su vez—siguió diciendo el capitán—manifiesta que al apercibirse del peligro, sin cuidarse del error que le ocasionaba, pues

(1) *Estima*, Cálculo resultante de la situación y el rumbo del buque.

(2) *Línea de fe*, línea trazada en el fondo de la caja de la brújula, que coincide con la de la quilla del buque.

debía atender de preferencia á la salvacion del barco, se asió á la rueda del gobernallo, y virando de bordo, pudo evitar la terrible catástrofe poniendo la proa al O., y dejando á solavento los escorlos. Pero lo más singular de este suceso es que, siguiendo navegando al O., *Borrasca* advirtió, pasados algunos instantes, que la aguja había dado un salto de 90° en dirección al S.; y aturrido con aquel fenómeno quiso verificar la desviacion de la brújula con la estrella boreal; más no logró su intento porque espesas nubes encapotaban aquella region del cielo; temeroso de caer de nuevo sobre las peligrosas sirtes, orzó otra vez hacia el O. Entonces subí al puente y me enteré de lo que ocurría. Mi primera idea fué confrontar con la brújula de la bitácora las otras tres que llevamos á bordo; todas, con exactitud matemática, marcaban la misma direccion. Poco tiempo despues tuve la fortuna de que se despejase el cielo, y la estrella polar me dió á conocer que nuestras brújulas, fieles al magnetismo de la tierra, dirigiáanse hacia el Norte con su acostumbrada precision. Apenas aparecieron las luces del nuevo día, todos hemos visto por la banda de babor gran número de arrecifes é islotas. Tan luego como nos ha permitido tomar su altura para apreciar la situacion de la goleta, todos habeis reconocido, como yo, que ésta ha derivado en la pasada noche un grado al E., esto es, 60 millas, que es la distancia que nos separaba del archipiélago de las islas de Cabo-Verde.

Cosó de hablar el capitán Ballesta, abismándose al parecer en graves reflexiones. Sus oyentes respetaron aquel silencio.

## II.

Trascurridos breves instantes, exclamó D. Félix con faz severa y enérgico ademán:

—Señores, es evidente que en la noche anterior la brújula de la bitácora tuvo una desviacion hacia el Este de 90°. Tan extraño accidente sólo puede explicarse de dos maneras: ó una corriente eléctrica ha causado esa perturbacion en la aguja imantada, ó dicho fenómeno se debe á la iniquidad del hombre. Lo primero no es admisible, á mi entender, porque no hemos experimentado ninguna de esas borrascas en que la electricidad atmosférica juega tan importante papel. Me atengo, pues, al segundo extremo. Pero ¿quienes son entre nosotros los traidores? ¿Cómo? ¿cuándo? ¿de qué manera se ha realizado ese criminal propósito? Esto es lo que no puedo decir. Cuantas investigaciones, bien lo sabeis, se han practicado en la caja de la brújula y en la bitácora, han sido de todo punto inútiles; ni el menor rastro indica de qué suerte ha tenido lugar tan misterioso acontecimiento. No ignorais que una masa de hierro, ó los efluvios del ajo machacado, próximos á una aguja imantada, alteran su direccion; pero si estos medios se han empleado, ¿cómo no lo apercebiéron los timoneles? Habilidad, señores; contribuíd en la medida de vuestros conocimientos á esclarecer este difícilísimo problema. Por lo que á mi hace, ya dejo manifestada mi opinión. Creo firmemente que no es un hecho casual, sino intencionado.

—Puso á emitir mi humilde parecer—exclamó

impetuosamente el señor Poey, que ya sentía viva comexon por hablar.—Conocidos son, señores—añadió, afirmándose los antecojos en su acenballada nariz—los extraños accidentes que producen en las agujas imantadas las descargas eléctricas. ¡Ah! en ese frágil instrumento tiene el marino, día y noche, fijos los ojos para trazar por el su derrotero á traves de las inmensas soledades del mar, juzgándole infalible, cuando está sujeto en realidad á gravísimas perturbaciones y anomalías. Las corrientes eléctricas pueden alterar las indicaciones de todos los instrumentos de que se sirven los navegantes. Cuando el vapor *New-York* llegó á Liverpool, despues de caer en él dos chispas eléctricas, que tanta nombradía le dieron en los annos de la física, hallóse una porcion de objetos completamente imantados; los clavos de las puertas y de las manoparas, los zunchos de los mástiles caidos sobre cubierta; los cuchillos y tenedores que estaban en el pañol de la galleta, y las puntas de acero de los instrumentos de matemáticas, estaban dotados de un poder atractivo. A bordo del navio el *Golymin* cayó un rayo é hirió á un tal Ribouet. Todas las piezas de acero de un reloj de bolsillo que estaba colgado en su camarote, quedaron tan fuertemente imantadas, que el magnetismo desenvuelto en ellas, en un abrir y cerrar de ojos, subsistió por espacio de veinte y siete años seguidos. A bordo del *Albermale*, cuando se hallaba á 300 millas del cabo Cod, cayó un rayo. Dos de sus brújulas se contrapolizaron, pero sus tripulantes continuaron su rumbo, gracias á que la claridad de la noche les permitió guiarse por las estrellas. También en el *Doer*, la caída de una chispa eléctrica imantó muchas piezas y objetos de hierro, y quedó invertido el magnetismo de sus brújulas. Notóse asimismo igual fenómeno en algunas de las agujas que llevaba á bordo el *New-York*, de que he hablado antes. Casi todas empezaron á dar vueltas sobre su eje, oscilando hacia todos los azimuts, sin fijarse en ningun meridiano. Un suceso de la propia índole acaeció en el bergantín *Medusa*, navegando del Havre á Liverpool. Arago hace mencion de dos desastres marítimos, ocasionados por la falsa direccion de las agujas imantadas....

## II.

—Bien, querido doctor—prorumpió en aquel momento el segundo del *Baltasar Ballesta*—todos esos efectos reconocen como causa un hecho natural; pero ¿qué pretendéis demostrar con esto en el dilema propuesto por D. Félix?

—Calma, mi viejo lobo marino, calma; ya llegaremos al fin. Sucede en muchos casos que la explosion de la electricidad es tan fuerte, que anula por completo el magnetismo de las agujas.... ¡Ah, amigos míos! Yo que he hecho un estudio profundo de esa fuerza imponderable, me atrevo á aseguraros que muchos, la mayor parte quizas, de los siniestros marítimos reconocen por causa perturbaciones de las brújulas que pasan desapercibidas para los navegantes....

—Luego suponéis que ademas de la caída del rayo

pueden existir otros agentes naturales que produzcan esos fenómenos.

—Indudablemente, señores. Durante mucho tiempo se ha adivinado á la fácil credulidad de los marinos la multitud de historias que circulan en los puertos de mar, acerca de buques cuya brújula ha dejado de funcionar sin motivo ostensible para ello. No, no son fábulas ó consejas que el miedo de los navegantes haya inventado; todas pueden referirse á hechos positivos y naturales. Nuestra atmósfera está surcada de corrientes eléctricas, de oleadas de magnetismo, invisibles para nosotros, pero cuyos efectos experimentamos muchas veces en nuestras personas, aunque los suponemos hijos de diferentes causas. Si el hombre no puede darse cuenta del poder de esas fuerzas invisibles, no sucede lo mismo con las agujas imantadas, que en razón al magnetismo que poseen y á la materia de que están formadas, son excesivamente vulnerables y sensibles. En este supuesto, no es posible negar que una corriente atmosférica desequilibra el magnetismo de la brújula, ó bien le anula del todo, ó disminuya ó invierta de tal modo, que el polo boreal vaya á buscar el austral y vice-versa. Por fortuna, estos errores pueden subsanarse con la observación de las estrellas: y tan luego se vea la polar en nuestro hemisferio ó la Cruz del Sur en las regiones australes, el buque podrá navegar con rumbo cierto. Pero cuando la situación nebulosa del cielo impida repetidos días toda clase de observaciones, ¿qué será entonces de la frágil nave? Se sabe de algunos casos, porque los sobrevivientes los han referido, de que excelentes capitanes, guiados por las falsas indicaciones de la aguja, se han precipitado sobre desconocidos escollos, en los cuales han encontrado un desastroso fin. Tal sucedió, según refiere Arago, á un buque de guerra francés y á otra embarcación italiana.

También se conoce el caso de dos naves inglesas que navegaban en conserva hacia las Barcinadas; una de ellas, que en un recio temporal sufrió la caída de un rayo, viró de bordo, como si intentara volver á Inglaterra. El capitán del otro buque, admirado de tan extraña evolución, quiso averiguar la causa, y supo con harta sorpresa que su compañero creía seguir el buen camino y que le asombraba no le imitase su colega. Confrontadas las agujas náuticas de ambos buques, se advirtió entonces que en el que fué derribado por el rayo todas las brújulas habían invertido sus polos. Ahora bien, amigos míos; de cuanto he manifestado se deducen dos hechos: que las oleadas eléctricas producen grandes alteraciones en la aguja imantada, y que este fenómeno lo experimenta, además, dicho aparato sin que lo determinen, al parecer, agentes inmediatos, sino causas invisibles, casi desconocidas, que yo atribuyo, como he dicho ántes, á corrientes de electricidad, á oleadas magnéticas que surcan el espacio.

—Bien, doctor; pero....

—Por lo cual—siguió diciendo el señor Pogy con suficiente verbosidad—afirmo, aseguro, sostengo que el accidente que deploramos, puede, mejor dicho, debe ser explicado satisfactoriamente por mi

teoría; la cual, aunque tenga para algunas gentes en contra suya la novedad del principio en que descansa, no deja por esto de ser ménos evidente y positiva á los ojos del pensador hombre de ciencia. He dicho.

Con esta frase final el sabio suspendió al torrente de su fácil locución y cruzóse de brazos, no sin que ántes, por centésima vez, afirmára los autoojos sobre su monumental nariz.

## CAPÍTULO XV.

DEDUCCIONES DEL CAPITAN BALLESTA.—CAUSA DE LA INSISTENCIA DEL SABIO.—UN BUQUE CON BANDERA INGLESA.

### I.

—Mi excelente amigo—prorumpió el capitán Ballesta apenas hubo terminado su perorata el Sr. Pogy—no pienso contrariar en nada vuestros novísima hipótesis. Manifiéstanse en el interior de la tierra y en su superficie, así como en la vasta extensión de los mares, misteriosas corrientes y fenómenos, cuya aparición predice la ciencia en muchos casos con matemática exactitud. ¿Por qué no convenir que en nuestra atmósfera realicemos numerosos accidentes, invisibles y desconocidos hoy, pero que la meteorología, quizás en no lejana época, sujetará al dominio de sus investigaciones? Creo, pues, como el doctor, que misteriosas corrientes recorren la atmósfera y determinan en nuestros instrumentos singulares alteraciones; mas al caso presente no es aplicable semejante solución, según imagino.

—¿Por qué, capitán, por qué?—exclamó el sabio.

—Fijaos bien en los términos del problema. Al aperibirse *Borynsea* de que la goleta avanzaba rápidamente sobre desconocidos escollos, corrió á la cunilla del timonel, observó el rumbo en la bitácora, y sin conseguir darse cuenta de lo que ocurría, atendió á salvar el buque orzando con el timon hacia el O....

—Así es lo cierto, capitán—prorumpió con ruda franqueza el contramaestre;—yo no podía comprender que la aguja hubiese sufrido variación.... Vamos, ignoraba lo que acabo de oír á VV.... Tampoco me es dable suponer que los islotes que tenía á la vista perteneciesen al archipiélago de Cabo-Verde, cuando sabía que, dejándolo á barlovento, navegábamos á veinte leguas de distancia de sus más avanzados arrecifes.... Lo que supuse al pronto, fué que de poco tiempo á la fecha y por efecto de alguna corriente submarina, habrían aparecido aquellas tierras que éramos los primeros en descubrir.

Don Félix Ballesta tomó de nuevo la palabra:

—Obsérvese—dijo—que *Borynsea* hizo rumbo al O., según él creía; mas poco tiempo después presenció que la brújula volvía á su dirección normal. Son dos, pues, las desviaciones que ésta ha experimentado; primero hacia el E. y después hacia el S. Quiero convenir, doctor amigo, en que la primera de aquellas perturbaciones fué causada por una corriente atmosférica; pero ¿es posible suponer que la segunda tenga por origen análogo accidente? ¿No se-



SACRA FAMILIA DE RAFAEL DE URBINO,  
CONOCIDA CON EL NOMBRE DE LA PERLA.



ría ésta una casualidad verdaderamente extraordinaria?

—Seríalo, en efecto, capitán Ballesta; mas por inverosímil que se la juzgue no me negaréis que se halla dentro de los límites de la posibilidad.

—¿Y por qué no admitís conmigo, doctor, sin que recurramos á hechos tan sorprendentes, que la perversidad humana haya obrado como único y exclusivo agente en el asunto que nos ocupa? ¿Es esto imposible? No, sino muy realizable. Todos vosotros conocéis perfectamente la nunca saciada inquina con que mi tío Juan Ballesta, ó John Crossbow como él quiere que se le nombre, persigue desde mucho tiempo atrás á los miembros de su familia. Hasta ahora, desde que nuestra expedición se hizo á la mar, no ha manifestado á nadie los temores que incesantemente me asaltan acerca del éxito de nuestra empresa. Es evidente que la Naturaleza nos hará correr serios peligros en las desconocidas regiones que pretendemos explorar; pero creed también, amigos míos, que la iniquidad del hombre, personificada en John Crossbow en cuanto á mí se refiere, ha de oponernos mayores obstáculos y contrariedades.

Sombrio silencio guardó al llegar aquí D. Félix. Sus interlocutores, sorprendidos por aquella inesperada revelación, mirábanle fijamente.

## II.

Tras aquellos momentos de pausa, el capitán del *Balsasar Ballesta* continuó hablando de esta suerte:

—Sabed, señores, que estando anclado en la rada de Algeciras, se presentó una mañana en mi corbeta el capitán Crossbow, en momentos en que yo estaba ausente. No faltó quien me lo notificase en tierra; volví con gran premura á mi barco, y le encontré en mi camarote apoderándose de algunos papeles de mi pertenencia....

—¿Qué miserable!—balbuceó el doctor.

—¿Qué baja!—exclamó D. Raimundo.

—¿Ah, si yo hubiera adivinado lo que le llevaba á bordo!...—vociferó el contramaestre *Borrasca* haciendo un gesto terrible.

—De esto, amigos míos, hace ya más de un año. Sorprendido por mí en tan repugnante expedición, quiso consumar su atentado asesinandome; y al efecto disparó sobre mí un revólver, cuya puntaría logró desviarse á tiempo, si bien quedé ligeramente herido en la mano....

—¿Y qué hicisteis, D. Félix?—preguntóle indignado su segundo.—¿Qué determinación tomasteis?

—Lo devolví su arma ó indíqueme que se retirase del buque.... ¿Qué otra cosa podía hacer!

—¿Ah! ¿yo le hubiera pisoteado!...—prorumpió *Borrasca*.

—Después que hubo abandonado la corbeta advertí que me había sustraído un pliego en que mi padre me daba algunas instrucciones acerca de esta expedición....

—¿Tenta, pues, noticia de este pensamiento?

—No, doctor; pero algunas palabras del testa-

mento de mi padre despertaron su curiosidad, y procuró desde entonces descubrir el secreto á que se referían aquellas frases.... Anteriormente á su incalificable acción á bordo de la corbeta, sobornó á un grumetillo para que se apoderase de mis papeles; mas no logró su intento, porque el muchacho no supo dar con los que él apetecía.... Cuando pocos días después emprendí viaje para Marsella, tuve á bordo un conato de incendio, que ¡bien lo saben tres de los que me escuchan! fué intencionado, no casual. Pueden atestiguarlo *Salinas*, *Alvarez* y *Borrasca*.

—¿Es cierto! ¿es cierto!—exclamaron los audaces.

—Pero lo que todos ignoráis es que, aprovechándose de la circunstancia de retenerme sobre cubierta el temporal que nos sorprendió enfrente del cabo de Gata, un secreto agente del *ángel malo* de los Ballesta, como se le nombra en Algeciras, me sustrajo una copia de algunos de los documentos que á nuestra expedición se refieren.... En fin, ¿á qué he de continuar este para mí doloroso *via-crucis*. Basteos saber que estoy persuadido de que entre nosotros existe quizás más de un hombre vendido en cuerpo y alma á mi tío.... El accidente de la pasada noche confirma mi pensamiento.

—Dejáisme aturrido, D. Félix, con lo que me decis....—murmuró el señor Poy.

—Y qué, estimado doctor, ¿subsistís aún en dar sólo una solución científica al asunto que motiva nuestra reunión?

—¡Ah! yo.... sí, me adhiero á ella con más tenacidad que antes, porque... porque....

—Acabad.

—Porque mi espíritu reclama—exclamó con impetuoso arranque el sabio—todo lo que patentiza la indignidad del hombre, y acepto cualquiera explicación, por absurda que parezca, mientras que hechos palpables, tangibles, fehacientes no me obliguen, á pesar mío, á reconocer que la perversión humana es capaz.... ¡Ah! mi pobre ánima vistose de luto y derrama acerbo llanto cada vez que, rendida á la evidencia, se halla frente á frente de una acción criminal del sér más inteligente de la madre Naturaleza.

Y el digno doctor, vivamente emocionado y casi á punto de saltárselo las lágrimas, procuró disimular sus nobles sentimientos afirmándose en la nariz sus espejuelos de oro y cristales de roca.

—Poseéis un hermoso espíritu—dijo D. Félix estrechándole la diestra—y hérrame en alto grado vuestra amistad, la cual, como bien sabéis, tenía en mucho aprecio mi honrado padre.

(Se continuará.)

## RAFAEL DE URBINO.

Nació Rafael de Urbino la noche del Viernes Santo de 1483, el día 28 de Marzo. Manifestó desde muy niño brillantes disposiciones para el arte, tanto que su padre Juan de Santi, pintor, aunque adocenado, no se atrevió en enseñarle cuanto sabía ni en pasarle de su taller al de Pedro el Perugino. Era Pedro de Perugia uno de los mejores artistas de su tiempo; seguía las mismas tradiciones de la escuela florentina, aunque era de la de Umbria y pasaba, no sin razón, como el digno continuador de Giotto y de Masaccio. Rafael, guiado de un grande instinto de imitación, le tomó pronto la manera, el dibujo, el colorido; contaba poco más de veinte años cuando se confundían ya sus obras con las de su maestro.

En una gran fachada de Citta della Pieve está pintada una Adoración de los Magos que data del año 504; es preciso saber que es de Rafael para no atribuirlo al Perugino. Presenta las mismas bellezas y las mismas faltas: el mismo encanto en el colorido, la misma gracia en las cabezas, la misma sujeción á esos tipos místicos, la misma pobreza en los paños y la misma suavidad en las actitudes.

Se limitó Rafael á seguir las huellas de su maestro, hasta que pasó por segunda vez á Florencia, donde había sufrido el arte una revolución profunda en manos de Leonardo de Vinci y Miguel Angel. Estuvo en Florencia ya el año 1508, al decir de Comolli, pero no modificó su estilo hasta más tarde en que volvió á la capital de los Médicis, atraído por la fama de los nobres cartones de aquellos dos grandes artistas. Estaba á la sazón en Siena ayudando al Pinturichio á decorar las paredes de la biblioteca del *Duomo*, y lo abandonó repentinamente apenas tuvo noticia de tan nobles y originales obras.

El año 1508 estaba Rafael en Florencia; ignoramos si entró en ella aquel mismo año ó en años anteriores. Vió los cartones y descubrió un nuevo mundo. Arababa de salvar el arte el círculo de hierro que le había trazado el pensamiento sacerdotal de la Edad Media. No respetaba ya los antiguos tipos. Buscaba en la naturaleza la verdad de las formas y en el fondo del corazón el sentimiento. Aspiraba á unir el naturalismo con el idealismo, y los tenía en cierto modo unidos. Comprendió Rafael de una ojeada esa gran revolución, y se propuso desde luego llevarla á cabo. No hay necesidad de probar si lo alcanzó ó no; basta ver la más insignificante de sus obras.

No pudo por de contado realizar en días ni en meses su idea. Muertos á poco sus padres, hubo de regresar á Urbino con el fin de arreglar su modesto patrimonio. Pintó algo en esta su patria, mas separándose aun muy poco de Pedro el Perugino. No así ya cuando bajó á Perugia, donde sedujo con su nuevo estilo á los más inteligentes en artes. Había abandonado también símbolos y mitos. Reproducía, aunque sin dejar de embellecerla, la naturaleza. Dejaba conocer que había estudiado sobre las ruinas del paganismo. Era más libre y grandioso en sus composiciones.

No estaba, sin embargo, satisfecho. Volvió á Florencia é hizo un detenido exámen de las obras de Vinci y Buonarroti. Gracias á su ya mencionado instinto de imitación, como se había asimilado ántes las bellezas del Perugino, se asimiló entónces las de esas dos lumbreras del arte. Reformó más radicalmente su estilo y se atrajo pronto la admiración de las gentes. Tuvo en Florencia íntima amistad con Fr. Bartolomé de San Marco, pintor que se distinguía por lo verdadero y agradable de su colorido, y acabó de perfeccionarse en el taller de tan insigno maestro.

Era Rafael uno de esos genios de que habla Goethe, que saben hacer suyo todo lo bueno de los demás, sin abdicar su personalidad ni dejar de ser originales en el conjunto de sus obras. Tomó no sólo de todos los artistas de su época, sino también de los poetas y hasta de los filósofos. Fué así tan grande en sus pensamientos como en el modo de ejecutarlos; reunió en una todas las maneras; completó su individualidad, y apareció y aparece aún como la síntesis del arte. Le aventajan otros muchos en determinadas cualidades, mas no le iguala nadie en presentar bellamente armonizadas todas las que pueden descarse en una creación artística. El sentimiento no excluye en él la fuerza del raciocinio, ni la fantasía se ve nunca obligada á suplir la falta de sentimiento. Muchas de sus pinturas son verdadera ciencia sentida. La invención, la composición, el dibujo, el claro-oscuro, la expresión y la actitud de las figuras, todo está en perfecto acuerdo y conspira al fin del cuadro.

Mas nos precipitamos sin sentirlo. Fué llamado Rafael de Florencia á Perugia, y pintó allí una de sus mejores obras, la Deposición de Cristo en el sepulcro. No nos detendámos en describirla; no es hoy nuestro propósito dar á conocer ninguno de sus cuadros. Pero es á no dudarlo para inmortalizar al autor y revelar la extensión de sus vastas facultades.

Pasó nuestro artista de Perugia otra vez á Florencia, de Florencia á Roma, donde por la intercesión de Bramante, su dador, debía pintar los nuevos salones del Vaticano. Empezó por el de la *Segnatura* y pintó en cuatro grandes frescos la Filosofía, la Teología, la Poesía y la Jurisprudencia. No se limitó á simbolizar en otras tantas figuras esos cuatro ramos del saber humano; evocó los nombres de los que más habían acelerado los progresos del derecho, de todos los doctores de la Iglesia, de cuantos habían conmovido al mundo al son de la cítara ó del arpa, de los que habían fundado un sistema filosófico y sido jefes de escuela. Anotar y caracterizar á tantos y tan distintos personajes, agruparlos al rededor de una idea, condensar en ellos la historia del arte y de la ciencia, era empresa que requería no sólo imaginación, sino numerosos conocimientos, y sobre todo, facultades capaces de comprender en todas sus fases la vida de la inteligencia y del sentimiento. Desempeñóla Rafael de una manera admirable, tanto, que al ver Julio II los frescos, mandó borrar los anteriormente pintados y entregó sólo á sus pinceles todas las paredes del palacio.

Rafael dejó desde entónces eclipsados á todos sus rivales; fué el rey de los pintores. Todos los hombres

de algun valer desearon conocerle; todos los que gozaron de alguna renta quisieron poseer una obra de sus manos; todos los que aspiraron al título de artistas se hicieron sus discípulos. Activo, laborioso, de una fecundidad sin límites, satisfizo todas las demandas: frescos del Vaticano, retratos, grandes cuadros al óleo, cartones para tapices, todo lo intentó y lo llevó á cabo. Al fin no pintaba ya, diseñaba, bosquejaba, y confiaba á sus alumnos la ejecución de sus in-

finitos conceptos. Corregia luego la obra de esos brillantes jóvenes y les imprimía el sello de su genio.

¿Qué no hizo en el Vaticano? Pintó todas las grandes escenas de la Biblia: los días de la creación, la caída de Adán, la rivalidad de Caín y Abel, la corrupción de las primeras generaciones, el diluvio, los hechos de los patriarcas, las terribles crisis del pueblo de Israel, las sublimes figuras de los profetas, la cuna y el sepulcro de Cristo, los trabajos de los apó-



RAFAEL DE URBINO.

toles. Pintó además el castigo de Heliodoro, los milagros de Bolsena, la historia de Leon II y Leon IV, la consagración y la coronación de Francisco I, el incendio del Borgo.

Imposible parece realmente que pudiese ni llegar á concebir tantos ni tan variados argumentos. Pintaba, con todo, más para los particulares que para los pontífices. En todos los museos de Europa existen hoy cuadros de Rafael de Urbino, y en no pocas iglesias de Italia y de fuera de Italia. Calcúlese cuánto no había de haber pintado.

Pintó asuntos no sólo místicos é históricos, sino también mitológicos. A pesar de haber santificado á Savonarola en su cuadro de la Teología, no supo permanecer fiel á la palabra de tan malaventurado reformista, que combatió rudamente las tendencias paganas de su siglo. Penetró en el olimpo griego y bajo

de él algunas de las antiguas deidades. Era tal la flexibilidad de su talento, que pintaba á esos dioses con no ménos propiedad ni ménos fuerza de colorido que á los héroes del cristianismo. Su Galatea del palacio de Chigi, palacio decorado todo por su mano, bastaría para darle entre los pintores de todos los siglos un lugar eminente.

Daba de ordinario Rafael á todas sus obras cierto aire de tranquilidad y de dulzura; mas no por esto dejó, cuando quiso, de comunicarle energía. Acababa de pintar la Cámara de la *Segnatura*, cuando, al decir de sus biógrafos, vió en la Capilla Sixtina el Juicio Final de Miguel Ángel. Impresionado por las vigorosas formas de tan grandioso fresco, pintó en el mismo palacio del Vaticano las Sibilas y los Profetas. Las Sibilas y los Profetas respiran por todas partes energía: sienten, hablan, se mueven, están verdaderamente

ramento animados por el fuego de la inspiración y la poesía.

Lo podía todo Rafael: nada se resistía á sus pinceles. Si sus obras eran generalmente finísimas, debe atribuirse á su carácter. Era Rafael de una extrema afabilidad y de tranquilos y generosos sentimientos: reinaba la paz aun entre los que estaban separados por profundos odios donde quiera que llegaba la influencia de su mirada ó la de su palabra. Era comúnmente los artistas de su tiempo esclavos de las más bastardas pasiones: apañaban no pocas veces al puñal y muchas á la calumnia para deshacerse de sus rivales. Rafael era un cordón entre esos lobos; ni aun las mordeduras de esos lobos pudieron exasperarle.

Empañaban á Rafael sólo dos faltas; y éstas, hijas aún de esa misma blandura de carácter. Amaba apasionadamente, y se entregaba sin freno á los placeres. Era más que amor, delirio lo que sentía por su Fornarina. Asegura uno de sus biógrafos, que Chigi, para animarle á que pintara las paredes de su palacio, se vió obligado á presentarla en uno de sus salones. Verla y oírle era ya un motivo de inspiración para nuestro artista.

Tanta Rafael amor para las mujeres y alabanzas para todo el mundo. Estuvo así en amistad íntima con cuantos llegaron á tratarle. Leon X no le quiso menos entrañablemente que Julio II. Sus mismos rivales se sentían desarmados por sus elogios.

Dejó sentir desgraciadamente sus defectos en sus mismas obras. No era raro que pintara bajo el manto de una virgen ó de una sibila á su querida Fornarina. Lo era aún menos que mezclara entre los filósofos ó los héroes de la antigüedad á los poderosos de su tiempo. Licencia fatal que era un principio de decadencia para esas mismas artes que acababan de llegar á su apogeo en manos del que la cometa.

¿Qué eran, con todo, estas faltas para quien tan altas virtudes reunía, y tantos títulos presentaba al amor y al agradecimiento de sus semejantes? Se dice que aspiraba al papado, y renegó con este fin la mano de una sobrina del cardenal Divizio; mas ¿es creíble? ¿Quién más honrado que el dentro y fuera de Roma? Iba al Vaticano llevando detras de sí más de cienenta alumnos. Los más elevados personajes se daban por pagados con su amistad y su trato. Roma, Italia toda, le veneraba como algo superior á los hombres. ¿Para qué necesitaba del cardenato? Empezó pobre su carrera; estaba al fin de su vida rico. No le podía tentar tampoco la codicia.

Murió Rafael cuando era aún joven, cuando no contaba más que treinta y siete años. Murió en 1520, también en Viernes Santo. No hay para qué decir quién asistía á sus exequias. Acababa de pintar su cuadro de la Transfiguración, la más sublime de sus obras; su muerte fué universalmente sentida y llorada. Acompañaron su féretro todos los artistas que había en Roma, los hombres más ilustres, el pueblo todo. Iba entre el fúnebre cortejo su último cuadro.

Aseguran que murió extenuado por los placeres y una sangría que se le hizo desconociendo la causa de sus males. No bien se sintió enfermo de muerte, des-

pidió á su querida y le señaló una pensión vitalicia. Distribuyó el resto de sus bienes entre algunos de sus alumnos. Mandó que se restaurase en Santa María Ritonda uno de los antiguos tabernáculos, se construyese un altar y se le diese allí sepultura. No tardó en morir despues de haber otorgado su testamento.

Mucho podríamos decir aún de tan gran artista; mas hemos traspasado ya los límites de un artículo. Mucho de lo que aquí callamos lo revelará á nuestros lectores la copia de la *Perla*, cuadro que existe en el Museo Nacional de Pinturas de Madrid.

F. PI Y MARGALL.

## EL CASTILLO DEL MORRO

EN LA HABANA.

La celebridad de este castillo cuya vista ofrecemos hoy, más que de su importancia histórica ó de lo maravilloso de su fábrica, proviene de la situación especial que ocupa.

Cuando, despues de largos dias de navegacion, el buque que se hizo á la vela en uno de los puertos de la Peninsula entra en las aguas jurisdiccionales de la hermosa Cuba, todos los viajeros fijan sus ojos con impaciencia en el horizonte deseando distinguir la tierra á que se dirigen. El que por primera vez atraviesa el mar espeso, poseído de una extraña emocion, encontrar la realidad de esa América, llena de prodigios y maravillas, que todos hemos soñado alguna vez; el que ya la conoce desea verla de nuevo con esa íntima satisfaccion, mezclada de ternura, con que se aguarda la aparicion de una antigua y cariñosa amiga; el que al volver á Cuba vuelve á su patria siente el afán indescriptible del que se le antojan siglos los minutos que tarda en abrazar á una madre.

Una línea violada aparece al fin en el horizonte; hay un momento en que se la cree una nube lejana suspendida sobre la cresta de las otras; poco á poco los contornos de aquella tira de niebla confusa se van dibujando mejor, algunos perfiles de luz marcan los accidentes, la silueta de las alturas se destaca detallada sobre el cielo, y aparece entre las olas en lo alto de las peñas un punto oscuro semejante á una torre. Es el centinela avanzado de la Habana, es el castillo del Morro.

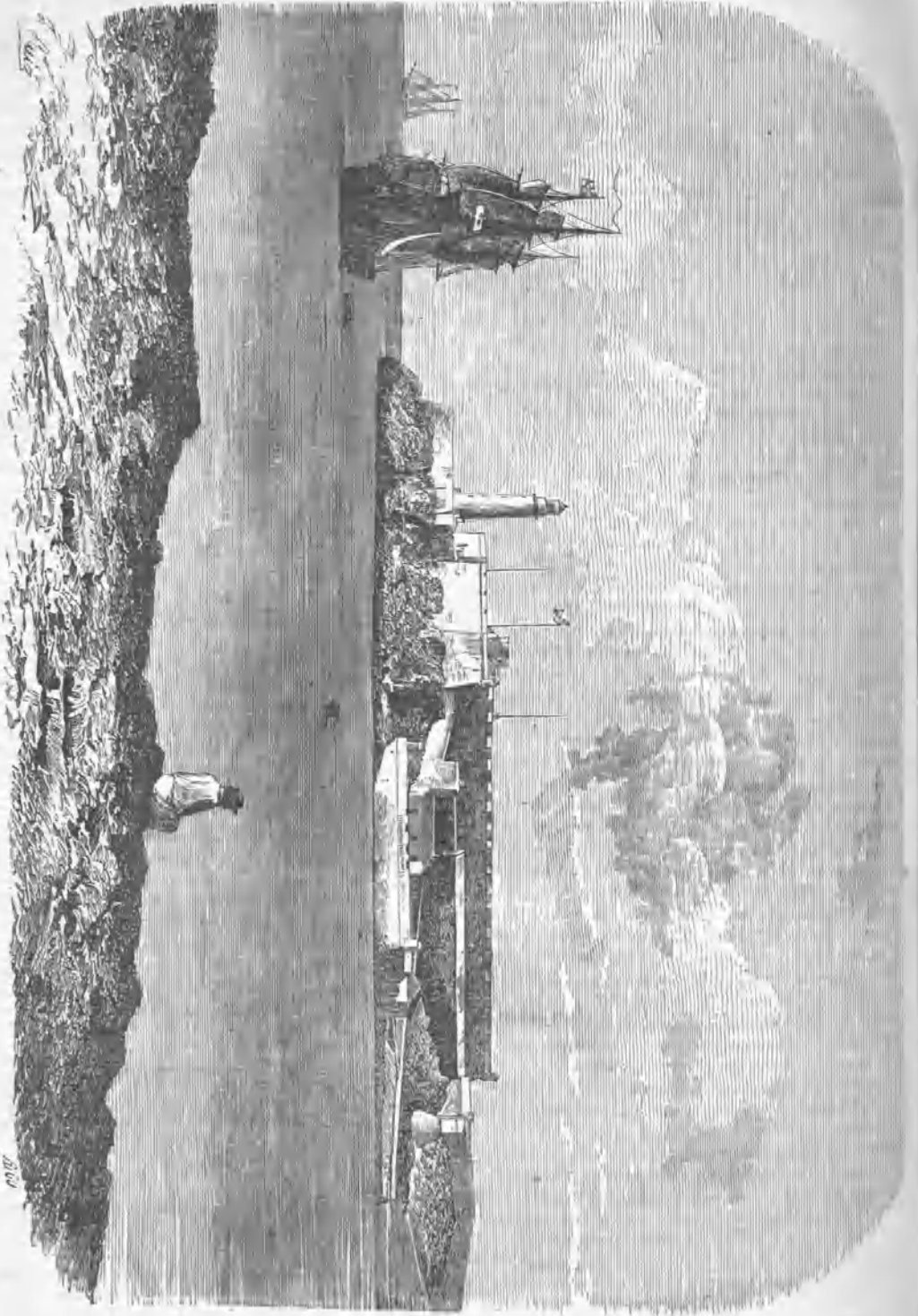
## LÁMPARA PARA VELADAS,

QUE INDICA LA HORA.

Nuestro grabado representa un sistema ingenioso que permite marcar las horas por medio de la combustion del aceite de una lámpara.

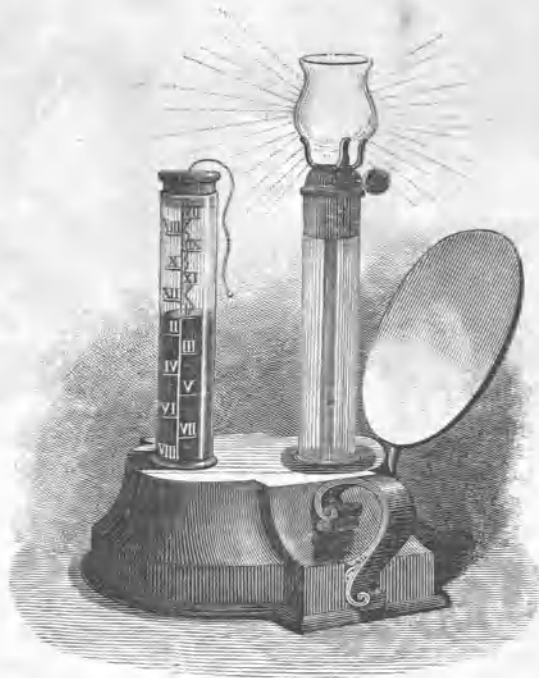
El grabado se explica á sí mismo: por encima del receptáculo de aceite están adoptados dos tubos verticales de cristal. El tubo de la izquierda contiene el

EL CASTILLO DEL MORRO EN LA HABANA.



aceite, y está provisto de graduaciones que representan las horas; el tubo de la derecha se termina por la mecha embebida en aceite, que produce la luz por su combustión.

El aparato ha sido construido por el inventor Enrique Behn, de tal manera que es necesario una hora por consumir la cantidad de aceite contenida entre dos grados. Un reflector, dispuesto por debajo



Lámpara para veladas.

de la llama, proyecta un rayo luminoso á través del tubo graduado. Durante la noche se puede ver claramente á qué altura está situado el aceite en el tubo graduado, y leer la hora correspondiente.

## ELEFANTE BLANCO,

SAGRADO EN JAVA.

Hace algun tiempo se ha publicado en Paris una edicion ilustrada de la obra *Viaje alrededor del Mundo*, por el Conde de Beauvoír (1). El grabado que en este número publicamos figura en la citada obra y va acompañado de la siguiente descripción en el texto.

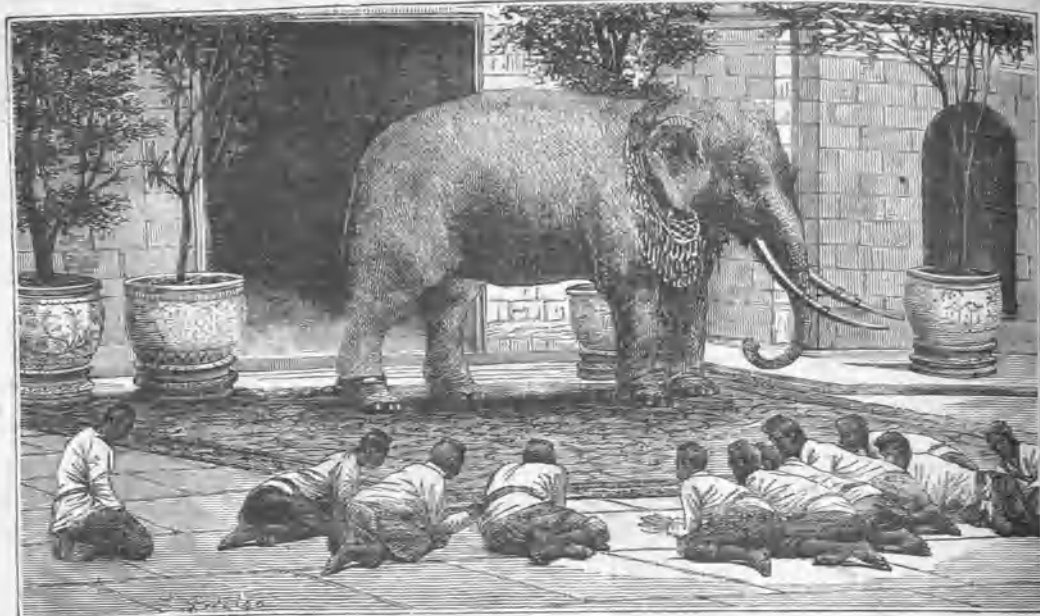
«En el seno del templo-cuadra, unos quince mandarines que nos acompañaban se postraron en cuatro pies en presencia del animal-dios, y conformándonos

con las conveniencias, entramos con el sombrero quitado en el santuario con grandes reverencias respetuosas. Ved ahí, pues, esa divinidad blanca, que es el emblema del reino de Siam, y ante la que se inclina todo un pueblo. ¡Cuál no sería nuestro desencanto al hallar el elefante blanco del color de los elefantes ordinarios!

»En cambio está recargado de brazaletes de oro, de collares de la misma sustancia, de amuletos y de pederías. Le sirven su alimento en enormes bandejas de metal, finamente cinceladas, y el agua que le está reservada se conserva en magníficas ánforas de plata.

»Sin embargo, al aproximarnos al animal cargado de reliquias, pudimos reconocer que su piel es un poco ménos gris y de un matiz más blanquizo que el de la generalidad de los elefantes; sus ojos, enteramente blancos, son los que le han designado para tanto honor y para una adoracion tan servil. En resumen, el dios es albino, cualidad muy rara.»

(1) De dicha obra nuestra casa ha publicado una edicion en español, sin grabados; forma un tomo en 8.º, de 310 páginas, y se vende, al precio de 3 pesetas, en toda España.



EL ELEFANTE BLANCO.

## PENSAMIENTOS.

Hoy día recibimos tres educaciones diferentes y contrarias; la de nuestros padres, la de nuestros maestros y la del mundo.

MONTESQUIEU.

La metafísica es un microscopio que nos descubre curiosamente algunos objetos pequeños que no se podrían divisar á simple vista, porque se pueden ignorar ó conocer sin que formen vacío alguno en la existencia.

CHATEAUBRIAND.

Es más peligroso atacar la superstición que la fe.

SEGUR.

La superstición atribuye á causas sobrenaturales, aquellas cosas que la ignorancia no puede comprender.

CONDILLAC.

No hay más que un bien, y éste es la ciencia, y no hay más que un mal, y éste es la ignorancia.

SÓCRATES.

La vida es un desembolso continuo; la tenemos, pero estamos perdiéndola continuamente; podemos usarla, pero la estamos malgastando. La vida es como el vino: el que quiera tomarlo puro, no debe agotarlo hasta la hez.

SIR GUILLERMO TEMPLE.

## Solucion al jeroglífico del número anterior.

Después de haber dominado Napoleón en casi toda la Europa, apenas tuvo tierra para su sepultura.

## CHARADA.

Porque *todo* la *una* *cuatro*  
De *prima* *dos* *tres* pidió,  
*Tres* su *prima* repetida  
Y *cuatro* se la otorgó,  
Y porque la *tres* *primera*  
Con todo su corazón  
Tiróse ayer de cabeza  
Á las *dos* *tres* y se ahogó.

F. P.

La solución en el número próximo.

## SUMARIO.

GRABADOS.—Sacra familia, de Rafael de Urbino.—Retrato de Rafael de Urbino.—El castillo del Morro en la Habana.—Lámpara para veladas.—El elefante blanco.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.  
TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—Los Reinos de los Lagos, Mayne-Reid.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Rafael de Urbino, por F. Pi y Margall.—El castillo del Morro.—Lámpara para veladas.—El elefante blanco.—Pensamientos.—Charada.—Solución al jeroglífico.